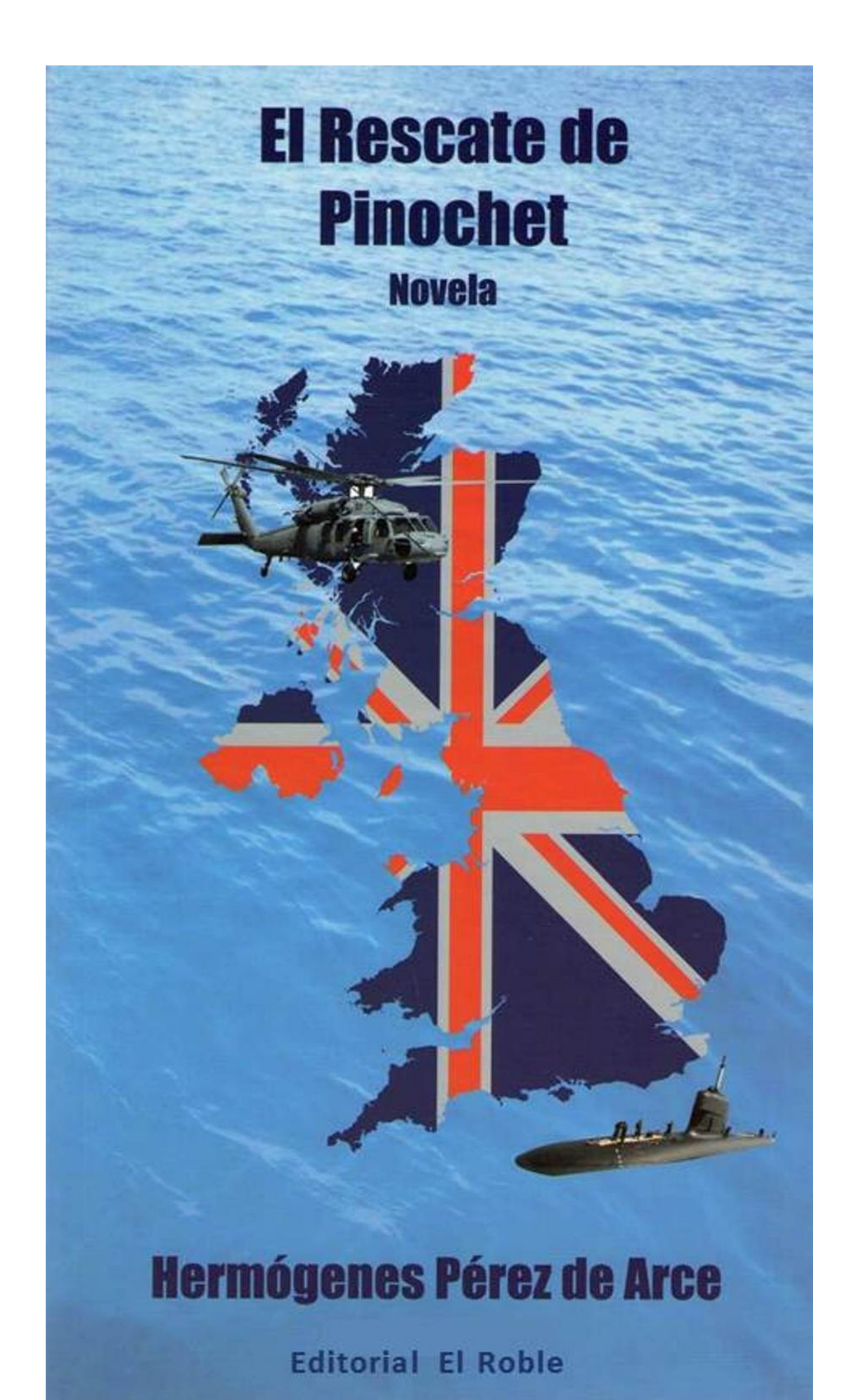
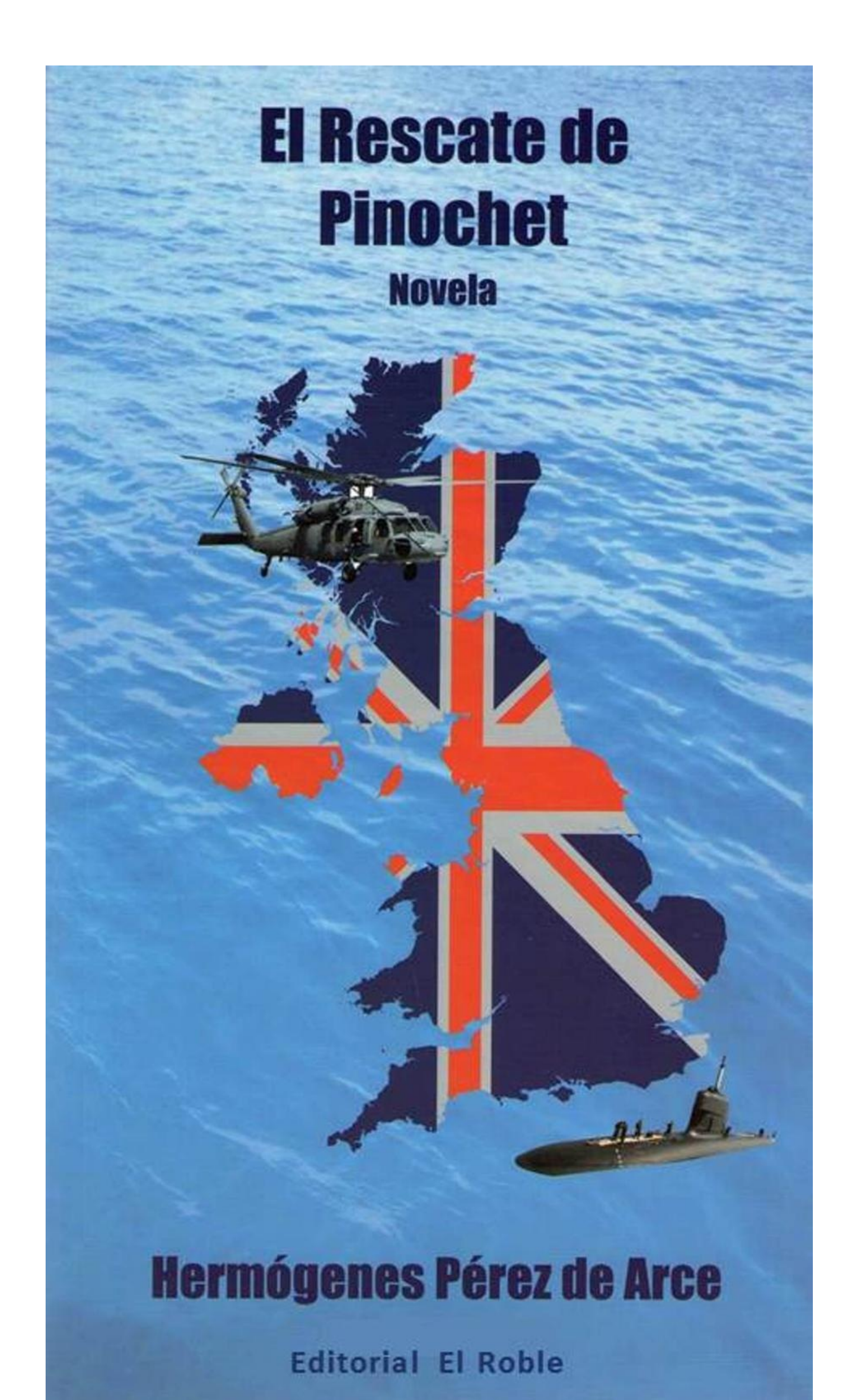

El Rescate de
Pinochet
Novela
Hermógenes Pérez de Arce
Editorial El Roble


El Rescate de
Pinochet
Novela
Hermógenes Pérez de Arce
Editorial El Roble

EL RESCATE DE PINOCHET

Hermógenes Pérez de Arce


LOWESTOFT
ELEPHANT
&
CASTLE
CHOBHAM
VIRGINIA WATER
TRURO

Lugar de los hechos

Camino La Colina 1456, Parque El Rosal, Huechuraba, Región Metropolitana.

Santiago de Chile.

ISBN 978-956-7855-06-3

Diseño Portada: María Soledad Pérez de Arce

ÍNDICE

EPÍLOGO

PRÓLOGO

A los chilenos del siglo XIX no les venían con cosas.

Cuando, en los años 30 del mismo, comenzó a gestarse una Confederación Perú-Boliviana ostensiblemente destinada a la confrontación con Chile, allá fueron y la desbarataron.

Luego cuando, en los años 70 del mismo siglo, Bolivia desconoció tratados vigentes, en perjuicio de chilenos, éstos de nuevo fueron allá y pusieron las cosas en su lugar.

En fin, también cuando, hacia el final del centenio, un Presidente pasó sobre la Constitución, sus oponentes fueron capaces de levantar un Ejército Constituyente y derrotar al ejército del Gobierno.

La soberanía, la legalidad, el honor nacional y el patriotismo eran conceptos valiosos para los chilenos de ese siglo. No cualquiera jugaba con ellos impunemente.

Pero pasaron algo más de cien años y, en 1998, un ex Presidente chileno fue secuestrado mediante una sórdida conjura político-judicial de socialistas hispanos y anglos. Y pese a tan flagrante atropello a nuestra soberanía, esa vez los chilenos no fuimos a ninguna parte. El país se puso cien veces amarillo y ni una colorado.

El transcurso de poco más de un siglo había cambiado el temple nacional. Y para peor. Pues el 11 de septiembre de 1973 hubo un relumbrón de osadía y nadie puede desconocer que sus protagonistas cumplieron la misión propuesta y 17 años después restituyeron a la civilidad un país mucho mejor que los despojos de tal que habían rescatado. Pero la mayoría de la chilenidad después ha juzgado su gesta con oprobio, poniendo de manifiesto la gravedad del proceso de deterioro de la nacionalidad.

Así, el mito de “los chilenos valientes”, que había tenido visos de realidad en el siglo XIX, ya no tenía ninguno a fines del XX.

El secuestro del ex Presidente Pinochet fue un baldón para el honor patrio. España y Gran Bretaña ultrajaron nuestra soberanía y se salieron con la suya.

Pero unos pocos estuvieron dispuestos a “ir allá y poner las cosas en su lugar”. Quisieron emular a los chilenos del siglo XIX, a los cuales “no les venían con cosas”, y hacer de nuevo realidad eso de “los chilenos valientes”.

ADVERTENCIA PREVIA

Este libro lo protagonizan chilenos de carne y hueso, cuyos nombres están cambiados. Cualquier similitud de ellos con personas reales o difuntas es mera coincidencia.

Como en la vida real casi todos los de esta nacionalidad matizamos nuestro lenguaje con “garabatos”, nombre que damos a las expresiones soeces, ellas suelen aparecer en el texto. Sorry!, como dirían nuestros contemporáneos Patricio Navia o Leonardo Farkas. Pues, por lamentable que ello resulte, si uno quiere ser veraz en el relato de hechos protagonizados por personajes nacionales, su lenguaje debe ceñirse a esa realidad.

Todos, salvo uno, de los protagonistas de esta historia eran, cuando los hechos ocurrieron, varones sesentones (luego, son actualmente setentones y algunos ya octogenarios); pertenecen a la clase tradicional chilena (o se habían asimilado a ella; o, por último, aspiraban a estar asimilados); son católicos (con un par de excepciones), poco pecadores (con otro par de excepciones) y derechistas cabales, sin excepciones.

Los hombres de las condiciones descritas nunca dicen palabrotas delante de mujeres o niños, pero sí entre ellos. Piensan que las mismas les dan sabor y gracia a las conversaciones y, confían, los hacen parecer más varoniles.

Pero el uso adecuado del “garabato” es un arte que no todos dominan, ya sea por exceso, por defecto o por carencia de tino y oportunidad. En definitiva, es probable que sólo los caballeros (o quienes aspiran a serlo) sepan cuándo, cómo y por qué proferirlos apropiadamente.

En todo caso, pido anticipadamente excusas a los lectores a los cuales ellos puedan incomodar, pues la obligación de ser fiel a la realidad los ha hecho indispensables.

CAPÍTULO I

CÓMO EMPEZÓ TODO

Cuando, en octubre de 1998, se supo del secuestro del general Pinochet en Londres (porque, de hecho y en derecho estricto, fue un secuestro, aunque la Audiencia de España, que lo decretó, y la justicia británica, que lo concretó, lo hayan materializado a través de resoluciones judiciales), en Chile la derecha política, que había sido parte del gobierno de Pinochet, ya había "tomado distancia" de él hacía tiempo.

De modo que los políticos de ese sector hicieron poco por la liberación del ex Presidente, como no fuera escribir cartas a los diarios, emitir proclamas sobre la ilegalidad de su detención y el agravio que ella representaba para la soberanía del país e ir a visitar al prisionero a Londres.

La izquierda, por supuesto, celebraba.

Un abogado chileno, llamado Pablo Santander, que tenía connotación pública en esos años, proclamaba en diversos círculos e instancias que a Chile se le había inferido una afrenta y debía reaccionar condignamente ante ella. Y decía a los cuatro vientos la frase típica de los chilenos cuando creemos indispensable actuar y no actuamos: "¡Hay que hacer algo!" Pero nadie lo tomaba mucho en cuenta.

Sabiendo que el origen de esa agresión extranjera era una orden de arresto despachada por un juez español, Baltasar Garzón, que antes había sido diputado socialista; y que él había actuado a instancias de un connotado marxista español, el abogado Joan Garcés (en su tiempo asesor de Salvador Allende, durante el gobierno de la UP), le parecía obvio que el proceso contra Pinochet era una venganza política.

¿Quién haría algo?

En un comienzo, Pablo Santander confió en que iban a ser las fuerzas armadas chilenas las que "hicieran algo", pero, al parecer, la última gota de audacia circulante por las venas de sus mandos se había extinguido junto con jubilar los protagonistas del 11 de septiembre de 1973. Sus sucesores parecían no querer problemas con los gobernantes locales, centroizquierdistas e izquierdistas, que accedieron al poder desde 1990; y, con pocas excepciones (constituidas por un trío de almirantes, que todos sabemos quiénes son) sólo aspiraban a terminar sus respectivos períodos de mando sin sobresaltos mayores. Ergo, no iban a hacer nada.

Pablo hablaba de la situación en todos los círculos en que se movía, que en ese tiempo eran variados. Y siempre terminaba sus indignadas peroratas con la frase sacramental: "¡Hay que hacer algo!" Pero la gente importante lo miraba con escepticismo (como siempre lo había hecho, por lo demás), y le decía lo que habitualmente le había dicho: "¡Es que eres tan exagerado!".

Concepto que no deja de ser honroso, pues Arturo Prat también fue un exagerado, cuando en 1879 saltó en Iquique al abordaje del "Huáscar"; y también Bernardo O'Higgins, cuando en 1814, en Rancagua, a caballo, cargó contra los cañones realistas. Sí: las empresas heroicas sólo pueden llevarlas a cabo tipos exagerados.

Entonces Pablo opinaba que, justamente, lo que necesitábamos en Chile, ante el secuestro de Pinochet, eran hombres así. Y como no se veía ninguno, finalmente cayó en la cuenta de que, si iba a haber alguien "que hiciera algo", iba a tener que ser él.

Entonces fue que decidió rescatar a Pinochet.

Cuando planteó la idea en su hogar, su mujer, que ha sido siempre una portaestandarte del sentido común, le dijo lo obvio: que estaba loco. Pero, sabiendo él por experiencia que cuando le sometía proposiciones idealistas, ella siempre le respondía lo mismo, su opinión no le alteró el ánimo.

Luego, con mucho cuidado, puso la misma idea sobre la mesa de un consejo de personalidades del que entonces era miembro. Éste siempre había sido más benévolo con sus idealismos que su mujer. No obstante, esta propuesta en particular fue acogida por los demás integrantes con sonrisas compasivas y sin que siquiera les mereciera comentarios, limitándose, quien lo presidía, tras la encendida convocatoria de Pablo, a pasar a otro tema de la tabla del día.

Se sintió, con justa razón, solitario en su propuesta de reivindicación patriótica.

Pero al final hubo un círculo donde encontró algún eco: el de los trotadores que en ese tiempo se reunían a correr, los sábados y domingos en la mañana, en La Pirámide, al pie del cerro San Cristóbal.

La plata… siempre la plata

Si bien, cuando les dijo sin más que el grupo debía liberar a Pinochet la mayoría se rió, él no se arredró, porque siempre acostumbraban reírse de sus proposiciones. En realidad, nunca le habían tenido el debido respeto. Pero, en este caso, después de que les peroró un rato sobre la deshonra nacional, la iniquidad jurídica del atropello, la falta de reacción patriótica y todo eso, hubo uno del grupo, Sebastián Barra, próspero industrial, que le dijo con toda seriedad:

—Oye, yo estoy dispuesto a poner medio millón de dólares para el rescate de Pinochet. Te lo digo en serio.

En ese momento Pablo supo que había material para hacer algo. No lo dijo, pero él también estaba dispuesto a aportar otro tanto.

Entonces otro de los trotadores, Simón Bruzitski, de ascendencia judía, dijo que iba a sondear entre los israelíes acerca de un plan de rescate, porque ellos eran expertos en eso. Pero —añadió— no creía que fuera a resultar muy barato.

Y, efectivamente, no muchos días después llegó con una respuesta: “Los israelíes dicen que por cincuenta millones de dólares rescatan a Pinochet”.

Bueno, ese monto era imposible de reunir y, por lo demás, nadie del grupo tenía idea de a quién ni de cómo pedir semejante cantidad. Mejor dicho, sabían ambas cosas, pero también que no iban a lograr jamás juntar cincuenta millones de dólares. Además, por simple intuición, Pablo estaba cierto de que un rescate podía costar mucho menos. “¿Que los israelíes nos habrán visto las canillas?”, pensó.

Siguió dándole vueltas al asunto, porque es obsesivo y tenaz, y concluyó que no era ni tan caro ni tan difícil dejar a salvo el honor de Chile en ese trance.

Por otra parte, en esa época frecuentemente él temía que, así como iban las cosas, iba a llegar a viejo exclamando, en cada encrucijada nacional importante, “¡hay que hacer algo!”, sin haber hecho nunca nada.

Ahora se le presentaba una oportunidad de jugarse por un logro patriótico significativo.

Días después de su primera convocatoria, los trotadores del cerro se juntaron a almorzar en el “Eladio” de Bellavista, un restaurante donde preparaban unas carnes muy buenas. Los kilos que perdían en el trote los recuperaban en el “Eladio”.

Eran trece en la mesa ese día, como muchas veces, y eso no les importaba nada, porque nunca ninguno se había muerto.

Pablo les preguntó si estarían dispuestos a participar en una operación en Londres, con todos los gastos pagados, pero con posible “riesgo vital”, como ya se decía en 1998.

Otro circunstante, Marcos Fuenzalida, le respondió, en su lenguaje habitual, y como sabiendo perfectamente a qué se refería, aunque no lo hubiera revelado:

—Mira, huevón, yo les he dicho muchas veces que no me importa nada morirme, y como encuentro que los “coños” y los “gringos” son unos culeados de mierda, si alguien me paga el viaje y puedo ir a sacarles la chucha, estoy dispuesto a hacerlo. Siempre, repito, que me paguen todos los gastos, porque yo no tendría ni siquiera para la micro a Pudahuel.

Y lanzó una estruendosa carcajada, pues siempre era el primero en celebrar sus propias intervenciones.

Pablo les dijo, entonces:

—Tengo un plan para sacar a don Pino. Con la plata que ofrece Sebastián y la que pondría yo no alcanza, pero con tres veces más, es decir, tres millones de dólares, sí. Lo he calculado. Y lo que falta se lo voy a pedir a los “guatones de la plata”. Creo que me pueden ayudar, porque casi todos son patriotas y el monto es poco para ellos.

Pancho Opazo, que era considerado algo así como un “líder natural” del grupo y tenía mucho sentido común, observó entonces:

—Con la plata no basta. Hay que tener un plan de rescate, armas y gente.

(Pancho, en general, decía mucho menos groserías que el resto.)

Risas de varios diapasones

Pablo le replicó, en vista de esto, sin decirle ni una sola vez “huevón”, sin perjuicio de tratar así a los demás (y ellos a él):

—Por supuesto. Las armas, puede decirse, las tenemos. La forma de internarlas a Inglaterra, también. Todo eso ya lo tengo pensado. Pero he calculado que necesito once huevones que estén dispuestos a todo, y esos somos nosotros, que a huevones no nos gana nadie.

Varios se rieron piadosamente, porque siempre alguien agradecía su humor, aunque no fuera del muy bueno; pero otros no.

Él continuó, agradecido a su vez de sus risas:

—Porque este no debe ser sólo un plan que procure asegurar el rescate de Pinochet, sino uno que pueda asegurar, aunque no logremos rescatarlo, que dejaremos una gran cagada en Inglaterra, para demostrarles a los “gringos” que con los chilenos no se juega.

A esas alturas notó que todos se habían puesto serios, pues, contrariando su inveterada costumbre, ninguno le interrumpía. De modo que siguió:

—Y la única manera de que semejante plan funcione es con gente dispuesta a todo, a la cual no le importe matar ni que la maten. Si no tenemos doce personas así, más vale no hacer nada. Yo soy uno y necesito once más— dijo, poniendo enérgicamente el codo derecho sobre la mesa, con el dedo índice apuntando hacia arriba, como siempre se hacía en ese grupo al votar decisiones importantes.

—Yo también voy, mierda— dijo Rafael Ogilvie, golpeando a su turno la mesa con el codo y el índice apuntando hacia arriba. Era medio inglés, así es que su decisión influyó.

Otros diez hicieron y dijeron lo mismo, en medio de variadas imprecaciones. Entonces el mismo Rafael desafió a Pablo:

—Pero por lo menos tenís que decirnos cuál es el plan, pus huevón. Uno tiene derecho a saber cómo y cuándo le van a sacar la cresta.

Risas moderadas de todos.

—No te lo voy a contar, huevón, porque es secreto y en Chile nunca hay que contar los secretos. Si no, después corren como reguero de pólvora. Pero sí te voy a decir una cosa: que las armas para dejar una cagada mayúscula y los medios para meterlas a Inglaterra los voy a tener gratis. De eso no se preocupen. Claro, les repito, no podremos garantizar que don Pino salga con vida, aunque vamos a hacer lo posible. Pues les reitero: nuestra meta no es sólo rescatarlo, sino mantener la tradición de Bernardo O'Higgins y Arturo Prat: "O vivir con honor morir con gloria". Y además les garantizo que si morimos en el intento, alguna vez nos van a levantar a cada uno una estatua en este país de mierda. Y nos van a agregar a la lista de los chilenos valientes, que, entre paréntesis, no es muy larga.

—¡Bien, muchacho!— dijo Lucho González, que siempre, junto con decir su nombre, tan común en Chile, advertía que era hijo de españoles—¡Brindemos por eso! Yo te voy a acompañar, porque mi señora y mis hijas me han dicho muchas veces que no me necesitan, lo cual es verdad. Claro que no voy a poner plata, porque no la tengo. Pero voy a hacer lo posible por devolverte la que te debo, para así ayudarte a juntar tus quinientos palos verdes y financiar mi viaje, mi estadía y mi entierro.

Nuevamente hubo risas, pero más entusiastas.

Patricio Gueldenstein, Joaquín Jaramillo, Eugenio Montero, Alberto Simón, Manuel José Rozas, Javier Aguiló y los ya referidos Marcos Fuenzalida, Pancho Opazo, Rafael Ogilvie y Lucho González estuvieron de acuerdo, casi siempre hablando varios a la vez, en que ellos iban si se les pagaba el viaje y la estadía.

—Siempre —advirtió uno, a voz en cuello— que alguien garantice la repatriación de los restos.

Nuevas risas.

Sebastián Barra reiteró que él pondría los quinientos mil dólares prometidos, pero anticipó que no iría, porque amaba demasiado la existencia, lo pasaba muy bien y estaba comprando un avión, lo cual lo tenía muy entusiasmado.

Otro, que no voy a nombrar, dijo que pondría algo de plata para el proyecto (no precisó cuánta, ni después cumplió) pero explicó que por primera vez en su vida había encontrado una amante regia y estaba realmente enamorado de ella, de modo que no pensaba arriesgarse a irse cortado justamente en ese momento.

Así es que sólo brindó en nuestro honor, porque tenía sed, pero añadió no creer que fuéramos capaces de hacer nada concreto y sí, en cambio, que todo se reduciría, como de costumbre en Chile, a hablar, comer y tomar mucho y (fue la expresión textual que usó) "terminar en puros saltos y pedos", sin lograr nada concreto.

Pablo sospechó que todos los potenciales héroes en el fondo opinaban lo mismo, pero no querían perderse el viaje gratis ni la aventura.

Pero él no. Pues se creyó su propio cuento desde un principio.

CAPÍTULO II

UN PASAJE A LA GLORIA

Pues desde muy joven, o tal vez desde niño, obedeciendo a su formación familiar y a la educación escolar recibida, Pablo había rendido culto a la idea de morir por la Patria. Encontraba, y todavía encuentra, que no hay destino humano más sublime.

Siempre había estado bastante confiado en que, llegado el caso, podría reunir el coraje para estar a la altura de ese ideal, porque todos sabemos que "otra cosa es con guitarra".

Pero los hados habían dispuesto que, hasta pasados sus sesenta años, su vida transcurriera alejada de toda epopeya. Nunca le había sido deparada la ocasión de ofrendarla en el altar de la Patria (o de comprobar que no era capaz de hacerlo).

Confesaba, de partida, no ser un temerario nato. Al contrario, tenía muy desarrollado el instinto de conservación. No pocas veces había rehuido variados combates, incluso en circunstancias en que resultaba desdoroso hacerlo. Pero eso nunca obstó a que siguiera, honesta, aunque sólo teóricamente, dispuesto a morir por la Patria. ¿Altruismo de entregarse a una causa con generosidad o mero egoísmo de ambicionar la propia gloria y conquistar un lugar en la posteridad? No lo sabía a ciencia cierta. Tal vez una mezcla de ambas cosas.

La gloria pasó de largo

Habiendo tenido siempre esas convicciones, difícilmente soportaba que otros dejaran pasar la oportunidad de morir por su Patria. Así, llegó a escribir en un periódico, en abril de 1982, que el Gobernador británico de las Malvinas, sir Rex Hunt, había renunciado lamentablemente a pasar a la posteridad como héroe, al no morir en su puesto cuando los argentinos invadieron las islas y le intimaron rendición a él y sus 78 fusileros. Pues el lord procedió a entregarse sin otro gesto glorioso que el muy insuficiente de negarse a darle la mano al oficial que lo apresó.

Pablo se decía que, si hubiera estado en su lugar, habría emulado a los 77 de La Concepción en la Guerra del Pacífico, y habría muerto combatiendo, para eterna gloria de su nombre.

Y sigue hasta hoy convencido de que si Hunt hubiera actuado así, se habría granjeado la gratitud de Gran Bretaña y la admiración universal; y de que, sin duda, le habrían levantado una estatua sobre una columna, junto a la del almirante Nelson, en la Trafalgar Square de Londres. Y por los siglos de los siglos habría sido un héroe legendario. ¿Qué mejor destino?

Pero Hunt, con irritante sentido común, prefirió seguir vivo y gozar de una pensión en algún pueblo de Surrey u otro lugar parecidamente melancólico.

Así es que Pablo estaba seguro de que nunca dejaría a la gloria pasar de largo, si es que alguna vez transitaba en sus proximidades.

Incluso en una ocasión tuvo la oportunidad de ponerse a prueba, hace casi cuarenta años, durante el gobierno de la Unidad Popular. Era entonces diputado de oposición. Los mineros del cobre de Rancagua estaban en huelga y marchaban a Santiago, en demanda de mejoras salariales. Su partido, el Nacional, de derecha y, por tanto, probablemente por primera vez en su historia apoyando una huelga de los mineros, envió a Pablo a protegerlos de la policía del régimen y a acompañarlos.

La fuerza pública se había estacionado en el puente sobre el río Maipo para

impedirles el acceso a la capital.

Al borde de la posteridad

Ahí fue Pablo, con otros diputados, y trataron de convencer al jefe de la fuerza, un oficial no sólo muy adusto sino, se formó la impresión, también muy partidario del régimen, de dejar pasar a los mineros por el puente. Pero él les advirtió que ni siquiera intentaran acompañar a éstos, pues repelería a los mineros y a los parlamentarios con igual fuerza.

Entonces estos últimos se marcharon del puente hacia más al sur, a encontrar a los huelguistas que venían caminando, uniéndose a sus filas, para volver junto a los mismos a enfrentar a la policía en el puente.

Los mineros les exhibían a los diputados ominosos paquetes de explosivos que, decían, iban a usar para volarlo, si se les impedía el paso, e iban cantando "el puente se va a caer, va a caer, va a caer…"

Otro diputado que marchaba junto a Pablo le preguntó si se había dado cuenta de que podían morir en la aventura, y él le respondió que no se preocupara, porque en ese caso serían héroes nacionales y tendrían cada uno una estatua en Santiago. El otro lo miró como si hubiera estado loco, y posiblemente lo estaba, porque, sin duda, ningún héroe dispuesto a inmolarse ha sido nunca ciento por ciento cuerdo.

El Destino quiso que ninguno cayera en el puente del Maipo, pese a que estuvieron bajo los disparos de granadas lacrimógenas lanzadas por los carabineros desde sus tanquetas. Las granadas no eran mortíferas en sí, pero si alguna le caía a un cristiano en la cabeza perfectamente podía matarlo. Lamentablemente, ninguna lo hizo sobre la de nadie, así es que no hubo héroes.

Pero ¡lo que es el Destino! Su compañero de marcha, que no ambicionaba morir gloriosamente ni tener estatua, hoy la tiene, y muy digna, en la capital, junto al Teatro Municipal. Pues, siendo después un muy apreciado y popular Alcalde de Santiago, falleció de una manera accidental y trágica, en 1980, y fue unánime la decisión de levantarle un monumento.

Pablo, en cambio, siguió poco gloriosamente vivo y convencido de que, si moría,

nadie se lo iba a levantar. Menos todavía si a lo que se ha dedicado por años ha sido a decirles verdades a los chilenos, cosa por la cual nunca le han levantado aquí un monumento a nadie. Al contrario, rara vez la perdonan.

De modo que siguió viviendo no-gloriosamente hasta 1998, cuando un socialista español y otro inglés se confabularon para secuestrar al general Pinochet en Londres. Ahí supo que se le presentaba la oportunidad de ser héroe, ya fuere rescatando al general o muriendo en el intento.

CAPÍTULO III

EL HELICÓPTERO Y EL SUBMARINO

En ese tiempo Pablo mantenía una columna de opinión política en un diario y también había emitido, por años, unos comentarios radiales que lo habían hecho bastante conocido.

Asimismo, dada su caracterizada defensa del Gobierno Militar, en general, y de quien lo presidió, Augusto Pinochet, en particular, tenía buena acogida en las fuerzas armadas, del mismo modo en que la tenía mala en casi todos los restantes ámbitos de la sociedad. Pues hasta la derecha, su lugar de natural de residencia política, con el tiempo "tomó distancia" del régimen al cual en su momento había rendido culto y del cual (añádase para efectos de precisión histórica) había profitado.

Entonces Pablo, fundado en su buena llegada al medio castrense, fue a hablar del rescate con un almirante en retiro, que era amigo suyo.

Éste le dijo que "algo se estaba hablando" en la Armada al respecto, pero pasaron unas pocas semanas y se vio obligado a confesarle que, de acuerdo con los sondeos que había hecho reiteradamente sobre el tema, nadie estaba haciendo nada concreto y sus camaradas se limitaban a proclamar lo mismo que todos: "¡Hay que hacer algo!".

Habló también con amistades del Ejército y se dio cuenta de que, en realidad, estaban peor que en la Armada a ese respecto, pues ni siquiera habían considerado en serio la idea. O, si lo habían hecho, no estaban dispuestos a compartir sus reflexiones o iniciativas con él.

Bueno, fue entonces que ya definitivamente se dijo que él mismo iba a tener que hacerlo todo. Le resultaba difícil, pues toda la vida había estado acostumbrado a que los demás hicieran esas cosas trascendentales, para así él después opinar sobre ellas (generalmente en términos desfavorables).

Pero ahora estaba claro que si él no emprendía la tarea del rescate, no lo iba a hacer nadie.

Se dijo que lo primero era tener era un plan. Pablo nunca había hecho un plan, lo que se llama un verdadero plan, no sé si se entiende. Pero había escrito tantas cosas en su vida, sobre los más diversos asuntos (literalmente decenas de miles de páginas) que, supuso, no sería problema escribir unas cuantas más conteniendo “un plan” para rescatar a Augusto Pinochet y remendar, mediante su aplicación, la herida abierta a la dignidad y la soberanía chilenas.

Llegaba el final de 1998 y, dado el tiempo transcurrido desde el secuestro del general, éste ya había sido instalado en una casa de Virginia Water, un condominio elegante cercano a Londres, lo cual, le dio la impresión a Pablo, le podía a facilitar las cosas.

Pergeñando un plan

Después se enteró de que frecuentemente, y en particular los sábados, se instalaban a protestar en contra del general y a insultarlo decenas de chilenos exiliados, partidarios de la Unidad Popular, en las afueras de la casa donde estaba arrestado. Pablo pensó que esto podía permitir a uno de los suyos introducirse al grupo y observar todos los movimientos de la guardia de Scotland Yard, que custodiaba al general.

El rescate debía hacerse, se dijo, empezando por neutralizar esa guardia y, segundo, sacando al general por algún medio hasta una cancha de golf que había vecina a la casa, según se había enterado por la prensa.

Desde allí lo recogería un helicóptero, para llevarlo a otra parte o, en el óptimo, depositarlo en la cubierta de un submarino chileno que lo estuviera esperando a poca distancia de la costa inglesa.

Si esto no era posible, se le había ocurrido que podían llevarlo a un cottage campestre de un fiel amigo del general, del cual él sabía bastante: un holandés, residente en Londres, llamado Peter Scheid.

Ese era su plan básico. Como siempre ha sido optimista y, según los que mejor le conocen, hasta iluso, le parecía bastante factible.

El helicóptero no era problema, porque lo tenía el mismo holandés allá residente, que había hecho una gran fortuna en Chile en los años ’70, gracias a un negocio portuario que a él y a nadie más se le había ocurrido y que, “trancado” en la burocracia (la burocracia chilena es capaz de frustrar hasta los mejores proyectos) fue “destrancado” por don Augusto, después de recibir a Peter y enterarse de su iniciativa. Y lo hizo sin pedirle nada a cambio, con sólo ser convencido de la conveniencia para el país de que el negocio se concretara, según le confidenció el propio Peter a Pablo en Londres, en diciembre de 1998, cuando fue a ver por primera vez al general prisionero y este último le dio el teléfono de Peter y le pidió llamarlo, cosa que hizo.

Entonces acordaron tomar desayuno en el Hilton de Hyde Park, donde Pablo se

alojaba. Ahí aquél le contó toda su historia con detalles, entre ellos el de que tenía un helicóptero.

Pero cuando, en esa primera visita a Londres del ’98, Pablo le planteó la idea del rescate mediante su helicóptero, Peter le dijo derechamente que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por liberar a Pinochet, pero de ningún modo a prestar su helicóptero, por las consecuencias obvias que de ello podrían derivarse para él. Pues daba por seguro que tarde o temprano se descubriría al propietario.

Sin embargo, le advirtió, había un procedimiento mucho más expedito y seguro, siempre que Pablo aportara el piloto: arrendándolo en alguna de las numerosas firmas que los alquilaban por horas, con piloto, y luego reemplazando a éste por la fuerza con un piloto propio que “después se haría humo”. (Había sido el sistema, entre paréntesis, que habían empleado en Chile los terroristas de izquierda que sustrajeron de la cárcel de alta seguridad a camaradas suyos que estaban presos, en 1994).

—El piloto no será problema— le replicó Pablo —pues ya lo tengo.

Eso no era verdad en ese momento, pero desde un principio había pensado en Carlos Rufín, un experimentado aviador y resuelto partidario del régimen militar. Claro, si bien sabía que él estaría dispuesto a rescatar al general, no sabía si lo iba a estar a involucrarse en el secuestro de un piloto inglés, como él pensaba en ese tiempo que iba a ser necesario.

Problema mayor

En lo que sí estuvo de acuerdo Peter Scheid fue en que, en caso de ser imposible llevar al general a un submarino, fuera conducido a su cottage de Chobham, una zona rural bastante solitaria, ubicada un poco más al oeste de Virginia Water, para ocultarlo ahí transitoriamente. Pablo le garantizó que eso ocurriría sólo en el caso extremo de que el Plan A (llevarlo al submarino) no funcionara. Lo llamaríán Plan B.

Lo que era problema mayor era el submarino, único medio de transporte capaz de desembarcar armas en Inglaterra y, luego del rescate, de retirar al general liberado de ese territorio.

Estaban ya en enero de 1999. Pablo recurrió de nuevo a su amigo el almirante en retiro:

—Necesito un submarino— le dijo —por favor, dime cómo puedo conseguirlo.

El almirante se rió de buena gana, le miró con ojos maliciosos y, pese a lo insólito de su petición, no le preguntó para qué lo necesitaba. Se limitó a decirle con quién debía hablar.

Fue donde el comandante de marina que le indicó. Éste conocía perfectamente a Pablo, aunque no éste a él, cosa que le sucedía con frecuencia en ese tiempo, cuando estaba más de actualidad.

De partida, el marino le manifestó estar de acuerdo con todo lo que Pablo opinaba públicamente. Aprovechando esa coyuntura favorable, éste le dijo:

—Necesito saber si no podrá haber un submarino chileno, en una fecha futura, posiblemente a fines de este año o comienzos del próximo, cerca de la costa de Inglaterra, para entregar un cargamento y, días después, recibir a un pasajero, que podría ser depositado por un helicóptero en la cubierta de la nave o embarcado en ella por otro medio.

El oficial le miró con ojos sorprendidos, pero tampoco, al igual que el almirante,

le preguntó nada. “Buen síntoma”, se dijo Pablo. Segundos después, aquél sólo le expresó:

—No alcancé a entender cuál es su propósito, pero, en cuanto al submarino, sí, uno de ellos va a ser sometido, en los próximos meses, a la revisión del fabricante en el puerto alemán de Kiel, y después de eso navegará de vuelta, a un ritmo de viaje que se puede predeterminar. Posiblemente podría hacer pruebas de máquinas frente a la costa inglesa, antes de salir al Atlántico y regresar a Chile.

Pablo se limitó a decirle que iba a estar muy atento al retorno del submarino de sus reparaciones y que volvería a llamarlo para saber la fecha precisa, pero el oficial le replicó:

— ¿Cómo es eso de “volver a conversar”? Si esta conversación nunca ha tenido lugar.

Pablo entonces le reconoció que tenía razón, que estaba muy distraído en el último tiempo, y procedió a despedirse, lamentando que la entrevista entre ambos no hubiera tenido lugar.

CAPÍTULO IV

EL “EJÉRCITO DE TIERRA”

El submarino podía servir para llevar el armamento a Inglaterra y para recibir al general rescatado, pero había que conseguir ese armamento. Era indispensable para neutralizar por sorpresa a la guardia de Scotland Yard que había en la casa de Virginia Water.

Afortunadamente, Pablo ya sabía cuáles iban a ser las armas necesarias, y también cómo conseguirlas gratuitamente.

El arsenal del enemigo

Para materializar esto, había ido a hablar con un alto oficial de ejército “de los suyos”, es decir, partidario del Gobierno Militar (no se crea que quedaban muchos, pues a partir de 1990, como buenos chilenos, un gran número “se había dado vuelta la chaqueta”).

Pablo le dijo que el Ejército había capturado gran cantidad de armas introducidas al país por los comunistas en Carrizal Bajo, en el norte, en 1986, antes del atentado de ese año contra el general Pinochet. Y le añadió que necesitaba, de ese arsenal, tres lanzacohetes Law, con su respectiva munición, para liberar a un militar chileno que estaba en calidad de preso político en el extranjero.

Pablo pensaba que con tres lanzacohetes bastaba, pero era bueno entrenar a cuatro personas en el uso del arma, por si había alguna deserción imprevista.

Le señaló al oficial que, en caso de disponer de ese armamento para el propósito indicado, el Ejército lo debería hacer llegar, en el momento en que él le avisara, a un submarino de la Armada, en el cual iba a ser transportado a Inglaterra.

El oficial le replicó lo mismo que el marino, es decir, que la conversación entre ambos nunca había tenido lugar, pero le expresó saber con quién hablar para conseguir que un vehículo del Ejército entregara unos bultos destinados a ser embarcados en un submarino de la Armada, en la fecha que se le indicara.

Pablo le expresó que lo mantendría informado y se despidieron.

Con eso ya creía tener resueltos los dos principales requerimientos de instrumental de guerra de su plan.

Porque de lo otro, de los “comandos” para llevarlo a cabo, en palabras simples, del “ejército de tierra”, no tenía que preocuparse, pues el contingente estaba disponible, como antes se vio.

El primero de los comandos iba a ser obviamente él, que estaba dispuesto a tomar el puesto de más riesgo en la operación. Los otros once, todos también tipos sesentones, todavía ágiles, confiables y en excelente condición atlética, completaban la unidad operativa. A ella sólo cabía añadir el piloto del helicóptero, Carlos Rufín, un ex compañero de colegio de Pablo y piloto de toda la vida de toda clase de aeronaves, con enorme experiencia.

El suero de la verdad

En el trote prolongado uno llega a conocer muy bien a la gente, porque después de 45 minutos de esfuerzo el organismo humano secreta un estupefaciente natural llamado "endorfina". Ésta produce los mismos efectos que algunos alucinógenos, en cuanto a dar una sensación de euforia que lo induce a uno a abrirse y revelar hasta sus más recónditos sentimientos.

Como antiguo trotador, Pablo había obtenido así mucha información personal de los demás corredores (y ellos de él).

Las endorfinas son bastante equivalentes al "suero de la verdad". Como en Chile es difícil sorprender a las personas diciendo la verdad, las confesiones durante el trote prolongado tienen un valor de autenticidad extraordinario. Por consiguiente, todos los trotadores del Cerro —o al menos los que conseguían correr más de 45 minutos seguidos y generar endorfinas— conocían las intimidades de los demás, porque a lo largo de los años habían recorrido juntos "muchas verstas", como decía Miguel Strogoff.

Entonces, él sabía precisamente, porque cada uno se lo había dicho, cuáles no le tenían ya mucho apego a la existencia y estarían dispuestos a arriesgarla sin mayor problema.

Curiosamente casi todos ellos, después de confiarle sus cuitas personales, añadían, casi como frase sacramental: "Te juro, huevón, que a mí no me importaría nada morirme".

Exteriormente y en conjunto eran un grupo activo, alegre y simpático. Nadie habría dicho que alguno de sus miembros pudiera haber albergado tal pesimismo. Pero "la procesión iba por dentro". Se juntaban en el Cerro, decían varios, más que para entrenarse en el trote, para someterse a una "terapia de grupo" y superar la depresión, refiriendo sus respectivos problemas y recibiendo consejos de los demás. O, incluso, aunque no los recibieran, a veces la terapia deparaba sus efectos benéficos por el solo hecho de cada uno exponer sus pesadumbres, aunque el grupo ni siquiera las oyera con demasiada atención. Pese a esto último, a ello los especialistas le reconocen bastante eficacia. La

llaman “terapia de escucha”.

El primer esbozo del plan

Entonces, en cuanto se refería al rescate del general, Pablo ya tenía un plan, que más arriba se ha delineado grosso modo y cuyos detalles irán quedando en evidencia durante el relato; tenía un submarino, los comandos, un helicóptero y los lanzacohetes Law con sus proyectiles.

En Londres debía conseguir un vehículo realmente todoterreno para entrar al jardín de la casa de Virginia Water en los segundos siguientes al de la neutralización de la guardia con los cohetes Law, que era el paso inicial del plan.

Ese todoterreno sacaría al general y lo llevaría al helicóptero en la vecina cancha de golf. Éste se iba a haber posado en ella en el preciso momento de las explosiones de los cohetes Law.

A todo esto, todavía en esa época Pablo no le había revelado detalles de este plan a nadie. Ese proceder sigiloso se lo había enseñado el propio don Augusto Pinochet, durante un almuerzo en el edificio de gobierno, el “Diego Portales”, en los ’70, cuando solía invitar a partidarios suyos que opinaban públicamente, como Pablo Santander.

—Amigo Pablo— le había dicho en una de esas ocasiones—si usted quiere mantener un secreto, no se lo cuente a nadie, pero a nadie ¿me entiende? ni menos a su señora. Mire, cuando se produjo lo del coronel Viaux[1], a mí me lo habían anticipado antes bajo riguroso secreto. Yo estaba entonces era coronel y destinado en Iquique. Un día fui al banco y el agente de la sucursal me dijo: “Bueno, coronel ¿y cuándo se va a levantar Viaux?” ¡Era un secreto solemne y lo sabía hasta el agente del banco!

Cuando uno conversaba con el general, nunca dejaba de aprender, aunque algún señorón de la política, que siempre tuvo ambiciones desmedidas, los había descrito como “un rústico”, pese a haber conseguido logros mucho más limitados que don Augusto. ¡Ojala hubiera habido más Presidentes “rústicos” en la historia de Chile!

CAPÍTULO V

VISITA INSPECTIVA PREVIA

Como se anticipó más arriba, en diciembre de 1998 Pablo había viajado a Londres junto a un amigo y ex ministro del gobierno del general (amigo que era completamente ajeno a la operación de rescate) para ir a visitarlo.

Pese a tal desconocimiento del plan por parte de su acompañante, esa visita era, a juicio de Pablo, esencial para sus fines.

Llegaron a la casa de Virginia Water, después de sortear el discreto examen de Scotland Yard, dos de cuyos agentes los fueron a buscar a la estación de trenes, donde habían desembarcado cargados de regalos que le mandaban al ilustre preso político diversas personas, y que los policías ni siquiera inspeccionaron (o, si lo hicieron, fue sin que ambos me dieran cuenta). Pablo pensó que podría perfectamente haberle llevado al general un explosivo o un revólver y habérselos entregado.

Probablemente más de un remitente de esos regalos hoy preferiría que se olvidara el hecho, pues así ha sido de cambiante la gente de derecha en Chile respecto al general

Algunos eran de esos que, no mucho tiempo después, cuando la campaña de injurias y calumnias de la izquierda chilena y mundial cobró más fuerza, “tomaron distancia” de él y de su gobierno, como pasó a ser cada vez más “políticamente correcto”.

Y Pablo le llevaba, además, un recién aparecido libro suyo, corto pero con antecedentes políticos que la mayor parte de la gente no sabía o había olvidado. En esa oportunidad también lo acompañó de su traducción al inglés, por si había interés en editarlo allá, pero no supo después si eso se había concretado o no, aunque a Peter Scheid le entregó la referida traducción para que dispusiera de ella.

A Pablo le interesaba, durante la visita, transmitirle discretamente al general la idea de que lo iban a rescatar y creyó encontrar la manera de decírselo sin que

nadie se enterara.

Estuvieron primero en el living-comedor de la casa de Virginia Water, cuyos detalles interiores estudió minuciosamente. Además, antes, mientras esperaban a su anfitrión, uno de los ayudantes de éste, un oficial del Ejército chileno, vestido de civil, aprovechó de mostrarles todo el primer piso de la morada, incluso el sector donde se encontraba la guardia de Scotland Yard, al cual se asomó Pablo, comprobando que permanecía ligeramente oscurecido y con diversas pantallas electrónicas funcionando permanentemente.

El trío de agentes que había dentro lo miró sin mucho interés, como miran los británicos a los chilenos, seguramente sin imaginar que éste, en particular, estaba planeando hacerlos volar el día D a la hora H.

Su permisividad para admitir ser observados le extrañó a Pablo. En realidad, ellos y los agentes que los habían ido a buscar a la estación de trenes tenían una actitud general de ser más, pensó el chileno, “de los nuestros” que “de los de ellos”. Lamentó doblemente, por eso, la suerte que podía esperarles durante el rescate. Pero eso era culpa de los laboristas ingleses, pues esos agentes habían tenido la mala suerte de que su gobierno hubiera abierto hostilidades contra nuestro país, secuestrando a un ex Presidente, pasando por sobre la soberanía judicial de la nación, el pasaporte oficial y su inmunidad de ex jefe de Estado. Cuando uno es súbdito de la potencia agresora debe atenerse a las consecuencias.

A raíz de su tour por el primer piso de la morada concluyó que neutralizar la guardia de Scotland Yard iba a ser fácil, precisamente porque estaba acuartelada y concentrada en las dos habitaciones situadas a la mano derecha (mirando desde el interior) de la entrada. Más atrás, también a mano derecha, quedaban el repostero o comedor de servicio y la cocina, que también recorrieron. A la mano izquierda del primer piso estaban el living-comedor y un escritorio.

Cuando bajó el general a recibirlos, venía apoyado en un bastón y en su ayudante. Después de conversar sueltamente con ambos, los convidó a pasar a la mesa a disfrutar de un rico té, acompañado de un queque italiano que recomendó entusiastamente (y del cual estuvo lejos de privarse, contra todas las prescripciones de su médico).

Después del té, él mismo los condujo al pequeño escritorio anexo al living-

comedor, que daba al jardín posterior y, dos jardines de por medio, a una de las vecinas canchas de golf del Wentworth Club, condominio del cual formaba parte la casa en que lo habían confinado.

La pieza tenía una puerta de unos dos metros de alto y de dos hojas, de unos ochenta centímetros de ancho cada una, con marcos de madera y un total de 24 (Pablo los contó) vidrios rectangulares. Allí ya supo cómo iban a sacar al general.

Cuando todavía estaban en el escritorio, abriendo con el Presidente los paquetes de regalos que le habían llevado, entró su doctor a ponerle una inyección, cosa que hizo estando ambos de pie. Pablo aprovechó el momento para pedirle al médico, en voz muy baja, y sin mayores explicaciones, si le podía escribir en una hoja el tratamiento que necesitaba su paciente, para efectos de documentación histórica, pues pensaba, le dijo, escribir un libro sobre el general.

El galeno no le respondió, al punto de que Pablo lo supuso molesto por la petición, pero un rato después, cuando volvió a darle a su paciente un vaso con otra medicina, le pasó al mismo Pablo, con disimulo, una hoja pequeña que contenía el tratamiento. Iba a ser una pieza esencial para preservar la salud del general en los días siguientes al rescate.

El anuncio

Estando todavía en el escritorio, el ex Presidente hojeó el libro de Pablo, que se abrió solo (y tal como había sido metódicamente "entrenado" para hacerlo) en una página donde había una pequeña hoja manuscrita que decía, en grandes caracteres:

"LA PRÓXIMA VEZ QUE YO VENGA A VERLO LO SACAREMOS DE AQUÍ".

Cuando Pablo vio que el general leía el papel y lo miraba sorprendido, le indicó decidoramente con la barbilla hacia la puerta que daba al jardín. Le parecía la salida más apropiada, dentro de su plan y según lo que había visto, para sacar de ahí al ex Presidente.

Éste nada dijo y rompió el papel en mil pedazos, pasándoselos a Pablo. El amigo que lo acompañaba estaba atónito. El general miró a Pablo fijamente un instante, sin decir palabra. Pero a éste con eso le bastaba, porque, si no lo recibía la próxima vez, querría decir que no deseaba ser rescatado; y si lo recibía, podía contar con su cooperación para sacarlo de ahí.

Debe reiterarse que el plan era no sólo de rescate, sino una operación patriótica de reivindicación y represalia contra un atentado a la soberanía chilena, de modo que el ataque a la casa de Virginia Water iba a tener lugar incluso aunque no se lograra el objetivo de liberar al ex Presidente Pinochet y aunque se pusiera en peligro su vida y, desde luego, las de sus rescatistas.

La idea básica era que los ingleses no podían quedarse tan tranquilos tras habernos inferido semejante afrenta.

En resumen, la visita sirvió para el plan de Pablo en cuanto le permitió una inspección de la casa, la obtención de la receta del tratamiento médico y la "notificación" al cautivo.

Cuando se despidieron, y mientras le daba la mano a éste, le reiteró, en voz muy baja: "Lo vamos a sacar de aquí, Presidente, aunque nos demoremos más de un

año”.

De nuevo nada le contestó. Probablemente él nunca pensó que iba a tener que estar arrestado más de un año, pero Pablo sabía cómo eran los juicios en los cuales está entretejida la política.

Resistió inmune el interrogatorio horrorizado del ex ministro que lo había acompañado, pues se negó terminantemente a despejar sus dudas, tranquilizándolo con la siguiente frase:

—Si no quieres que te arreste Scotland Yard, no hagas más preguntas.

CAPÍTULO VI

“PEANUTS”

Entre Sebastián Barra y Pablo juntaron un millón de dólares. El cálculo de éste era que necesitaban tres: primero, para viajes y hoteles de los comandos que iban a participar en el rescate; segundo, para movilización y arriendo de vehículos aéreos, marítimos y terrestres; tercero, para alquiler de un inmueble en que iban a mantener y acondicionar los vehículos utilizados en el rescate. Y eso sería todo, porque “el bote” y “los fierros” venían gratis.

Pablo había hecho un cálculo bastante detallado de todos los gastos y sabía que con tres millones de dólares liberaban a Pinochet o dejaban la gran embarrada, o ambas cosas. Demás.

Así es que se propuso juntar esa suma y, teniendo ya uno, fue a ver a los seis hombres más ricos de Chile para pedirle a cada uno muy poca plata en relación a su fortuna: quinientos mil dólares. Peanuts. Contempló un margen de dos de ellos que pudieran negarse, pues, de haber hombres de negocios malagradecidos, los hay.

El arte de pedir

Empezó por el más rico de entonces, que ni siquiera era muy partidario de Pinochet, porque simpatizaba con la DC; ni tampoco había nacido en Chile. Pero había "probado su patriotismo" al darle plata a Pablo para su campaña senatorial del '89, sin que él se la pidiera. Así es que se veía que, por lo menos, le tenía aprecio.

Antes de ir a hablar con él y los demás "guatones de la plata", como les decía un amigo suyo (pero nunca estando alguno de aquellos presente), puso por escrito lo que les iba a decir.

Ese papel-guión, redactado a mano, lo ha conservado para fines históricos. Está un poco ajado, pero es todavía legible. Su tenor es el siguiente:

"Gracias por recibirme, sobre todo porque vengo a lo mismo a que seguramente viene el noventa y nueve por ciento de las personas que le piden una entrevista: a sacarle plata.

"Chile ha sido objeto de una afrenta externa que no se puede dejar pasar. Pero si nadie hace nada, la dejaremos pasar. Y como, en el hecho, hasta ahora nadie hace nada, he resuelto poner manos a la obra yo mismo.

"Ya tengo un plan, tengo "los fierros", no sé si me entiende, y la manera de embarcarlos acá y desembarcarlos allá; tengo al grupo de voluntarios que va a hacer las cosas y arriesgar el pellejo; y tengo un millón de dólares en mi cuenta corriente del Citibank de Nueva York. Todo ello para rescatar al general o dejar la gran embarrada o ambas cosas. El propósito es reivindicar el honor de Chile. A un país digno ningún otro le puede hacer lo que españoles e ingleses nos han hecho a nosotros, y soy de la opinión de que debemos reaccionar ante ello.

"Necesito dos millones de dólares, además del millón que ya tengo, para ejecutar el plan. Y se los voy a pedir a los hombres más ricos de Chile, uno de los cuales es usted. Les pido medio millón de palos verdes por nuca.

"Si sobra plata, voy a devolver el sobrante; si falta, cosa que no creo pueda

suceder, porque los cálculos están muy bien hechos y los requerimientos de gastos mayores los harán dos instituciones que colaborarán en esto, yo me haré responsable.

“En síntesis, quiero pedirle quinientos mil un dólares (el dólar adicional es muy importante para saber quién hizo el depósito; los demás agregarán dos, tres y cuatro dólares, respectivamente) a ser depositados en mi cuenta del Citibank en Nueva York número XXXX. Le dejo los datos en este papelito (iban escritos en uno ad-hoc).

“No quiero que me conteste nada. Para todos los efectos prácticos, esta conversación nunca ha tenido lugar. Le agradezco mucho haberme recibido. Hasta luego”.

Repitió la escena con otros cinco “guatones de la plata”. Debían depositar quinientos mil dos, quinientos mil tres dólares y así sucesivamente, para identificar su aporte; y descubrió que todos tuvieron un solo rasgo en común: se despidieron dándole la mano antes de que él se pusiera de pie y les dijera que debía irse. Cuatro no le dijeron nada sobre si acogerían o no mi petición, algunos hicieron comentarios breves y favorables sobre sus opiniones públicas y dos fueron tajantes para decirle que no podían participar en un proyecto de esa naturaleza.

Otro escéptico

Con uno solo de estos últimos Pablo tuvo un diálogo que podría llamar “poco amable” de parte de aquél. Porque, de parte Pablo, fue obvio que a todos les dispensó un trato amable. Ese diálogo, que fue la excepción, tuvo aproximadamente el siguiente tenor:

—Pero tú te has dado cuenta de que sacar a Pinochet de Inglaterra es prácticamente imposible.

—No lo es, pero, además, no se trata sólo de sacar a Pinochet. Está en juego el honor del país. ¿Tú crees que los grandes héroes chilenos se pusieron a pensar si era posible lo que se proponían? No, por supuesto, sólo lo hicieron. Pero ellos le dieron un sello al país. Un sello de orgullo y valor que hoy está casi desvanecido. Esos héroes cambiaron la historia y la fisonomía de Chile. Esto es lo mismo. Se trata de demostrar que el sentido heroico de la nacionalidad no se ha perdido y de que el chileno no se rinde. Y de que hay gente capaz de jugarse la vida porque esa tradición no se pierda.

Su interlocutor fue muy directo:

—Mira, te voy a ser franco, si llegan ustedes a hacer algo, la única imagen que va a quedar es la de una mezcla de locura y fracaso. Lamento no estar disponible para financiar eso.

En un primer momento Pablo pensó que lo único que había conseguido era hablar con cuatro tipos que no le contestaron nada y con dos tipos que le dijeron “no”, pero diez días después comprobó que había cuatro depósitos por quinientos mil dólares, más el respectivo añadido identificatorio, en su cuenta del Citibank en Nueva York. Es decir, tuvo un 66 por ciento de éxito en la pedida y el presupuesto estaba financiado.

Ahí se dio cuenta de que dos tercios de esas personas lo consideraban exagerado, extremista y tal vez loco, pero no sinvergüenza ni incapaz.

CAPÍTULO VII

LA NÓMINA DE LOS “COMANDOS”

En marzo de 1999, además de la plata, las armas y el submarino, Pablo ya tenía los nombres de quienes le iban a acompañar. Eran doce, contándolo a él mismo y al piloto de helicópteros.

“Buen número”, se dijo, “igual que el de los apóstoles”.

Habló con cada uno de los trotadores antes nombrados y con Carlos Rufín.

A ninguno le dio a conocer el detalle de la operación de rescate, pero a todos les notificó que los iba a convidar a Londres, una o más veces, en fechas futuras por definir, a estar unos días en un buen hotel y hacer cosas que los iban a transformar en tipos famosos y héroes nacionales, claro que con la posibilidad, si bien remota, de que algo malo les sucediera, incluso lo peor.

Por supuesto, todos le dijeron, entre risas, que les estaba hablando del rescate y que se había vuelto completamente loco, pero a ninguno le admitió lo primero ni lo segundo, por obvias que parecieran ambas cosas.

Todos mostraron, sin embargo, gran entusiasmo con la idea de ir a Inglaterra y pasar unos días a cuerpo de rey, cualesquiera fueran las consecuencias.

Los diálogos que sostuvo con ellos fueron, en sustancia, muy parecidos, de modo que se reproducirá uno solo, el que tuvo con Marcos Fuenzalida, si bien éste resultó más pintoresco que los demás:

—Marcos, cuando hablamos de rescatar a Pinochet, en el cerro y después en el “Eladio”, el año pasado, yo hablaba en serio.

(Mirada de extrañeza de Marcos. Luego una risa nerviosa). Pablo prosiguió, impertérrito:

— Sí, y uno de los que se comprometió a acompañarme fuiste tú, huevón.

— Ándate… tai loco.

— Tengo conseguida la plata, tengo un plan, tengo conseguidas las armas y tengo cómo meterlas a Inglaterra, y además un submarino. Tengo todo, pero me falta asegurar a los huevones que me va a ayudar y tú eres el primero con que hablo. Así es que, vai o no vai, decídete ahora, porque si no contrato a otro huevón.

— ¿Y si nos matan, culeado?

— El riesgo es mínimo, vamos a sacar al viejo por sorpresa y antes de eso vamos a eliminar la guardia que lo vigila. Está todo pensado. Lo más seguro es que nos vamos en febrero de este otro año, todo pagado, primera clase y hotel cinco estrellas. Este año va a ser de entrenamiento acá y posiblemente algunos vamos a tener que ir a Londres algunas veces. No le podís decir ni una palabra de nada de esto a nadie, huevón. Si contai algo, todo se va a la cresta.

— Bueno, ya.

— Dame tu palabra de honor de que no vai a hablar nada de esto con nadie, ni siquiera con la Julieta.

— Si con la Julieta nunca hablamos, salvo para putearnos— rubricó Marcos, poniéndose a reír estruendosamente. —Mira, sin ir más lejos, ayer tuvimos una pelea tan grande que me fui de la casa dando un portazo. Cuando ya estaba a más de una cuadra, me volví y le grité a todo pulmón, en la calle: “¡Vieja concha de tu madre!”.

Y volvió a reírse a grandes carcajadas. En seguida estiró una mano grande y callosa, quemada por el sol, y Pablo se la estrechó, diciéndole:

— Trato hecho. No hay nada más tranquilizador que llegar a un acuerdo con un caballero.

El resto de la nómina

El segundo era Manuel José Rozas, a quien todos le decían “Macoché”, supuestamente porque sus hermanos menores lo llamaban así cuando niños y él se quedó para siempre con el sobrenombre.

El año ‘98 Macoché era ya cercano a los setenta años, pero seguía en excelente estado físico. Lo apodaban en el grupo “el hombre de metal”, porque tenía cabellera de plata, corazón de oro, piernas de acero, piel de bronce y (se decía, pero a nadie le constaba personalmente) otro miembro, que no se mencionará, de hierro. Podía correr y nadar horas enteras. Y también hablar horas enteras, y en varios idiomas, pero siempre de cosas curiosas, amenas y expuestas de una manera razonable.

Cumplía, de partida, el requisito esencial de haberle confesado a Pablo que ya no le importaría nada morirse. Además, hablaba inglés como los dioses, es decir, como los mismos ingleses, que siempre han estado seguros de su propia divinidad. Aunque Pablo sospechaba que Macoché lo hablaba mejor que la mayoría de ellos. Incluso salpica su conversación con los llamados “limmericks”, epigramas muy irreverentes, de los cuales el único que se le quedaba siempre en la memoria a Pablo (porque hasta hoy Macoché se los repite cada vez que conversan largo, pero casi todos los demás se le olvidan en seguida) reza así:

“I once knew a gaucho called Bruno/

Who used to say:/

The woman is fine/

The goat is divine/

But the llama is the número uno”[2].

Con su prestancia, era uno de los dos hombres perfectos para tratar con los británicos, mandar a hacer trabajos mecánicos, arrendar un inmueble, y comprar

o arrendar un camión-grúa, un zodiac y un bobcat todoterreno, dotado de una pala retroexcavadora extensible y con marcha adelante y atrás, que era casi todo lo que iban a necesitar para el rescate.

Cuando Pablo le confirmó que lo convidaba a un trabajo en Londres, que envolvería algunos riesgos y a raíz del cual tendría que hacer más de un viaje, con todos los gastos pagados, naturalmente; y que viviría una aventura peligrosa pero muy entretenida, y le añadió que, eventualmente, a su muerte alguien podría proponer levantarle una estatua en Santiago, aunque esto último no era seguro, Macoché aceptó inmediatamente.

Le expresó no imaginar para qué cosa lo estaba reclutando, pero intuía que podría ser lo último que hiciera en su vida, lo cual no le importaba nada, porque encontraba la aventura irresistiblemente atractiva.

El tercero era el piloto, Carlos Rufín, que si bien no trotaba y, al contrario, oficiaba de sedentario, era muy defensor del Gobierno Militar. Habían sido compañeros de colegio y Pablo no lo veía desde hacía cincuenta años, pero, aparte de ser (estimaba él intuitivamente), de total confianza, era el único entre sus conocidos capaz de pilotear bien un helicóptero, pieza indispensable del plan.

Por cierto, y dado que no habían tenido contacto en tanto tiempo, no había existido la ocasión de que le manifestara a Pablo tener ganas de morirse, como los trotadores. Pero cuando se reunieron, a poco andar le confesó estar sediento de correr aventuras, si es que lo estaba abordando por la causa en la cual, él creía, Pablo debía estar comprometido y que, le expresó, no era necesario mencionar.

Ya con eso calificaba. De modo que, cuando se le propuso la tarea de volar un helicóptero en Inglaterra para poner a un pasajero impedido sobre un submarino, no fue sorpresa que aceptara de inmediato.

Le explicó que debería despegar desde un lugar cercano a Londres, aterrizar en un campo de golf de un pueblo de las proximidades, embarcar a su pasajero y depositarlo no muy lejos de ahí (todo clandestinamente, por supuesto).

Le añadió que los vuelos debía ensayarlos no menos de cinco veces en el curso de un año, cada vez en un viaje distinto a Inglaterra. Pero, le aseguró, el helicóptero no tendría costo para él y, realizada su misión, podría dirigirse

inmediatamente después a un aeropuerto a tomar el avión de regreso a Chile, antes de que nadie hubiera alcanzado a reaccionar a raíz de lo que hubiera hecho.

Un cuarto “comando” era Lucho González, el que, como dije antes, siempre advertía al presentarse, y también otras veces después, que su padre era español. Era el trotador más lento del cerro, título que disputaba arduamente con Pablo.

Exhibía dos cualidades: nada le daba vergüenza y era de excelente llegada con la gente. A él, Pablo lo tenía pensado para que se incorporara al grupo de exiliados de izquierda que se instalaba todos los sábados a gritar consignas contra el general, frente a la casa de Virginia Water.

Eran tan constantes para ir a desempeñar ese papel que Pablo albergaba la sospecha de que estaban todos bien pagados.

El día mismo del rescate, la misión de Lucho iba a ser la de crear confusión, incitando a los manifestantes a dirigirse corriendo a la entrada de la casa del general, a pretexto de que lo estaban tratando de liberar.

Por supuesto, aquéllos jamás se iban a poder imaginar que serían piezas importantes del rescate; y para conseguir que lo fueran, Lucho, hijo de español, con todo su approach emocional iba a ser esencial.

Muy importante, tal vez el más fundamental, iba a ser el quinto “comando”, Pancho Opazo, un trotador insigne, a quien llamaban en el grupo “líder natural”, porque siempre tenía ideas nuevas sobre recorridos originales, en sus citas atléticas de fin de semana.

Pancho era un mecánico consumado y ex dueño de un taller de automóviles muy conocido en Santiago. En el plan, Pablo lo tenía destinado a adaptar y manejar un vehículo bobcat marca Daihatsu, cuyo modelo ya tenía ubicado (con una pala retroexcavadora del tamaño preciso para derribar la puerta del escritorio de la casa de Virginia Water y contener, sentada dentro de la misma pala, a una persona) y en la cual se proponían sacar al general de su residencia-prisión.

Desde un principio Pancho dijo que se debía bautizar a ese vehículo con el nombre de “Roto Chileno”, por lo entrador. Y, por otra parte, ¿qué más emblemático que un roto chileno rescatara a quien todo el grupo consideraba el salvador de la Patria?

El sexto “comando” iba a ser Rafael Ogilvie, que exhibía la ventaja de ser hijo de británicos, pero no tenía inconvenientes en decir que los gringos eran unos “hijos de puta” por haber secuestrado al general.

A la inversa de Lucho, nunca decía que era hijo de extranjeros, pero se le notaba a la legua. Además, hablaba perfecto inglés y tenía pasaporte del Reino Unido. Iba a complementar a Macoché (que unánimemente era considerado más británico que él en el grupo) en todas las adquisiciones y negociaciones que se debiera hacer y en las cuales se requiriera identificación.

El séptimo iba a ser Alberto Simón, un economista y empresario muy conocido y fornido, que iba a tener que cargar en peso al general, junto con Pablo, en la segunda y última visita de éste (y la primera de Alberto) a la casa de Virginia Water, para sentarlo dentro de la pala excavadora del “Roto Chileno” (como se dijo, acolchada y acondicionada para ese efecto, por supuesto) en que lo sacarían de la casa, tras derribar, con la misma pala, la puerta del escritorio que daba hacia el jardín. Pues ésta era mantenida con llave, como pudo comprobar Pablo en su primera visita al caballero.

El octavo iba a ser Javier Aguiló, un trotador sólo cincuentón pero, no obstante tan corta edad, muy animoso y tan partidario del Gobierno Militar como los demás. Su misión iba a ser manejar una van Peugeot, desde cuyo costado izquierdo, a través de tres mirillas redondas abiertas ad hoc, tres artilleros iban a disparar los cohetes Law contra el recinto de la guardia de Scotland Yard, apostada en la casa de Virginia Water.

Ese iba a ser el “disparo de partida” del plan.

Vitales iban a ser el noveno, décimo y undécimo comandos, pues quedarían encargados de hacer los recién mencionados disparos de cohetes Law: Patricio Guedelstein, Joaquín Jaramillo y Eugenio Montero, que tenían un pulso firme y una serenidad a toda prueba.

Virtudes que iban a ser necesarias para la acción inicial y más decisiva, como lo era el aniquilamiento, lamentablemente, del personal que hubiera dentro del recinto; pero c’est la guèrre (que los chilenos no habíamos iniciado).

Esas explosiones, se reitera, iban a poner en movimiento a las restantes piezas del plan.

Toda la gente con que había hablado Pablo pertenecía al grupo de los “caballeros”: es decir, individuos bien nacidos, con principios y que cumplen su palabra, categorías que en el país no abundan.

A todo esto, el oficial que había considerado posible conseguir los lanzacohetes Law y su munición le avisó a Pablo, a comienzos de 1999, mediante una lacónica llamada por teléfono, que ya tenía en su poder “los documentos” que le interesaba conseguir, y accedió a que fueran a “estudiarlos” dos veces a la semana a un regimiento.

Éste estaba dotado de un campo de tiro, y se hallaba en los alrededores de Santiago. Debían, eso sí, llegar siempre en un vehículo militar.

Durante febrero, marzo y abril de 1999 fueron, efectivamente, dos veces a la semana a practicar y se gastaron casi la mitad de la dotación de cohetes Law que le había capturado el Ejército a los guerrilleros comunistas en 1986, después del desembarco desde una nave cubana en Carrizal Bajo, en el norte de Chile.

Entrenamiento bélico

El vehículo militar los pasaba a buscar siempre al mismo punto, vistiendo ellos uniformes de camouflage que compraron en una tienda de desechos del Ejército, en San Bernardo.

Entraban al regimiento y salían de él sin tener que explicar nada a nadie, desde luego porque nadie nunca les preguntó nada.

Los que iban a disparar los lanzacohetes en el rescate eran sólo tres, pero siempre iba uno más a capacitarse, por turnos y por si acaso, rotándose entre los otros nueve, lo que no era problema, porque a todos les encantaba disparar con el Law.

Incluso una vez, en el regimiento, se encontraron con la sorpresa de que les tenían preparado un ejercicio de salto simulado en paracaídas, desde una torre altísima. Debían lanzarse al vacío, para ser rescatados no pocos metros más abajo por un cable que, finalmente, los iba a depositar a un lomaje enfrente de la torre, a donde siempre llegaron lívidos.

— Estos huevones quieren asegurarse de que no nos vamos a morir de un infarto por el miedo durante el rescate— comentó Marcos Fuenzalida cuando le tocó el ejercicio de paracaidismo.

Además de Pablo, que acudía siempre, los que iban al ejercicio llegaban en la mañana, pasaban la prueba del paracaidismo, cuando la había, y se dirigían al campo de tiro, cada uno portando su lanzacohetes y cuatro proyectiles, y apuntaban a un blanco de cartón-piedra que utilizaba habitualmente el Ejército.

Un mismo teniente los acompañaba siempre. Era sumamente parco y discreto. Seguramente su superior se preocupó de advertirle que no debía saber nada acerca del grupo, y que debía limitarse a asesorarlo para disparar lanzacohetes, cosa que era fácil y aprendieron a la perfección.

También Pablo había conversado con un distinguido médico chileno y su señora, enfermera universitaria retirada, a quienes conocía bien, para que estuvieran

desinteresadamente dispuestos, en algunos días del primer trimestre de 2000 que posteriormente les indicaría, a marchar a Londres y permanecer a lo menos una semana en el cottage de Peter, como invitados, pero llevando todos los implementos y remedios de la lista que le había entregado el doctor del general, en la visita que le hiciera a fines de 1998.

Ambos profesionales eran esenciales para la alternativa B del plan.

Lo curioso, en éste como en otros casos, fue que Pablo le describió al matrimonio su eventual misión, sin decirle en ningún momento quién era el potencial paciente que iban a tener bajo su cuidado, no obstante lo cual ellos nada le preguntaron, si bien aceptaron en el acto.

Por supuesto, pensó, ambos sabían tan bien como él de quién se trataba. De otro modo, no habrían asumido la singular misión. Pero esa discreción, que tiene algo de ironía, donde a veces lo principal está implícito pero no se menciona, es una de las cosas que siempre Pablo había admirado en la clase alta chilena.

El médico y su mujer quedaron con la receta en su poder, esperando el aviso con la debida antelación, para viajar, y comprometidos a tener todos los elementos sanitarios disponibles en su oportunidad.

CAPÍTULO VIII

ENTRENAMIENTOS EN LONDRES

La parte más importante de la planificación y del entrenamiento fue la que se cumplió allá, en Inglaterra.

Muy útil para eso fue lo que hizo Peter Scheid, a petición de Pablo, a comienzos de 1999, sin preguntar nada y, lo más honroso de todo, financiándola él: arrendar la sede donde iban a acondicionar y guardar los vehículos del rescate, en un barrio venido a menos, pero con casas antiguas y amplias, como lo es Elephant & Castle.

Peter sólo exigió que la documentación del arriendo la firmara otro, que fue Rafael Ogilvie, para lo cual debió hacer un viaje ad hoc, cuando el negocio ya estaba cerrado.

La casona era antigua y enorme. Tenía un garage muy amplio, como para unos diez autos, donde se había pensado guardar el camión-grúa, que iba a ser como los de auxilio a automóviles, y que adquirieron en un viaje posterior Macoché y el mismo Rafael, además del bobcat Daihatsu con retroexcavadora (“Roto Chileno”), que Pancho Opazo, atendidas sus habilidades mecánicas, viajó a acondicionar una vez que estuvo comprado.

Ese vehículo iba a cumplir la tarea crucial del rescate, inmediatamente después de haber estallado los cohetes Law.

Preparativos en Londres

Pablo había pensado muchas veces en una nueva ironía, la que iba a representar el empleo de esos cohetes, internados clandestinamente a Chile en 1986 por los guerrilleros comunistas del FPMR para eliminar a Pinochet, y que iban a terminar cumpliendo el papel de armamento fundamental para permitir su liberación. “Nadie sabe para quién trabaja”, se decía, sonriendo interiormente.

Por su parte, él mismo viajó en cinco oportunidades allá en 1999, todas coincidiendo con, pero nunca acompañado de, Macoché, Rafael Ogilvie, Javier Aguiló y Pancho Opazo. Estos tres últimos permanecieron dos meses seguidos preparando al “Roto Chileno” en la casona de Elephant & Castle, en la cual se quedaban siempre dos, por turnos, a alojar, y a la cual iban todos en jornada completa diariamente, incluidos sábados y domingos.

La preparación del vehículo consistió principalmente en tres cosas: la primera, adaptarle unas ruedas de tractor más grandes que las originales, que le permitieran atravesar zanjas y setos sin problema. La segunda, acondicionar un asiento confortable, dentro de la pala excavadora del vehículo, para que pudiera ubicarse en ella una persona cómodamente sentada, con cinturón de seguridad. A esta pala se le instaló, también, una cortina corrediza metálica de alto a bajo, para cubrir su contenido a la vista de la gente. La pala podía desplazarse hacia arriba, adelante o atrás del vehículo. Y la tercera tarea, pintar al mismo bobcat de rojo, dotarlo de luces intermitentes de emergencia y de una sirena que sonaba igual a las de los bomberos ingleses.

Además, Macoché, que iba a manejar el camión-grúa el día del rescate, y Pancho Opazo, conductor del “Roto Chileno”, deberían ir vestidos como bomberos ingleses, haciendo sonar la sirena después de las explosiones y pasando por todas partes como evidentemente autorizados por la situación de emergencia que se habría desatado un minuto antes en la casa habitada por el ex Presidente.

Así no suscitarían la alarma ni la resistencia de nadie. Todo lo contrario, darían imagen de autoridad y de tranquilidad en la zona del condominio Wentworth Estate a todos los alarmados vecinos y a los golfistas que pudiere haber el en fairway del hoy 17, vecino a la casa del general.

En cada viaje que hicieron los nombrados a Inglaterra, recorrieron en auto el Wentworth Estate, turnándose en el manejo, para interiorizarse bien.

Entraron por sus 18 puntos de acceso, comprobando que ninguno tenía vigilancia especial, salvo el de Portnall Road inmediato a la casa del general. Pero esta última calle tenía otra salida que no estaba vigilada, conectando con el West Drive, del mismo condominio, y fue la que siempre utilizaron y usarían el día del rescate.

Recorrieron los caminos interiores y se aseguraron perfectamente de que el Portnall Drive era el que iba a servir para que ingresara el camión-grúa con el "Roto Chileno" arriba: desde la carretera A 30, primero doblando a la derecha por West Drive y luego a la derecha por Portnall Drive.

Estando ya junto al fairway del hoyo 17 de la cancha de golf vecina a la casa, descendería de la plataforma el "Roto Chileno" conducido por Pancho Opazo e ingresaría al jardín de Pinochet para derribar la puerta del escritorio, donde se hallaría éste a la hora precisa.

Asimismo, determinaron el lay by (lugar de estacionamiento y descanso para vehículos) que hay en la carretera A 30, justo frente a donde estaba la casa del ex Presidente. Ahí solían apostarse, en los primeros meses del secuestro, los periodistas y camarógrafos ingleses y de otros países para observar al general y a sus visitantes, cuando ellos salían de la casa. Y ahí, en un punto preciso, que quedó oportunamente demarcado con una leve raya blanca, se estacionaría la van Peugeot, con el parachoques justo sobre la raya blanca y con los tres artilleros y sus lanzacohetes, a un centenar de metros de la casa del general, para dispararle a la pared noroeste, donde estaban las ventanas de las habitaciones ocupadas por Scotland Yard.

Nuevas “no-entrevistas”

Por otro lado, en marzo de 1999, tras una noche de desvelo repasando el plan, y estando en Santiago, se le había ocurrido a Pablo ir a ver al oficial de la Armada con el cual, de común acuerdo, “no se había entrevistado”, para saber del viaje del submarino, y con el fin de “volver a tener otra no-conversación”, durante la cual le dijo escuetamente:

— Necesito que sobre el submarino, que tiene 6,2 metros de eslora, según su catálogo, y estando en la superficie del agua, se pose atravesado (esto es muy importante) un helicóptero Robinson R44, de esos con patines, de manera que la puerta del helicóptero quede en la posición apropiada para que descienda de ella y sea recibido en la torreta del submarino, a pocos metros, un pasajero de mucha edad y bastante impedido. Necesito saber si esa operación es posible. ¿Cuándo lo puedo llamar?

—Dentro de una semana— le dijo el marino, que entendió inmediatamente la figura.

Y se puso de pie para despedir a Pablo, no sin antes reiterarle que esta segunda entrevista entre ambos tampoco había tenido jamás lugar, al igual que la primera.

Una semana después lo llamó y le dijo escuetamente:

— Un helicóptero similar al Robinson 44 se posó sin problemas, de través, sobre el submarino, en alta mar, y un pasajero descendió de él y se introdujo por la torreta a la nave.

Se podía hacer perfectamente.

CAPÍTULO IX

EL DIABLO ESTÁ EN LOS DETALLES

Pablo Santander tuvo un encuentro casual a mediados de diciembre de 1998, en el Club de la Unión, con un conocido abogado de esta plaza, que lo impresionó bastante.

Éste le refirió a que, hallándose en Nueva York el mismo día en que fue arrestado el general Pinochet en "The Clinic", de Londres, en octubre de 1998, había tenido una conversación, casual pero extraordinaria, con un multimillonario alemán.

Pues había sido el caso que la mujer del abogado, pintora aficionada, estando ambos de descanso en Nueva York, había hecho un boceto de un lugar muy escénico del Central Park. Terminado el esbozo, desde el mismo sitio se fueron caminando al elegante hotel Plaza, de Donald Trump, donde tomaron un aperitivo en el bar y trabaron conversación con un ciudadano alemán que espontáneamente se había interesado por ver el boceto que ella llevaba en la mano. Pues, le dijo, era experto en pintura.

Al saber que eran chilenos, les informó del arresto de Pinochet en Londres, recién acontecido y del cual ellos no estaban enterados.

Junto con comprobar que el matrimonio chileno era partidario del general, el alemán se mostró como todavía más admirador que ellos del gobierno de aquél y les manifestó que, tiempo antes, le había hecho al general una donación de ocho millones de dólares para su Fundación.

Añadió que estaba dispuesto a poner, en ese mismo momento, a los mejores abogados ingleses a cargo de su defensa. Les pidió a los chilenos transmitir ese ofrecimiento a la familia del ex Presidente.

El alemán resultó ser un hombre de inmensa fortuna, dueño de empresas en todo el mundo y de una valiosísima colección de cuadros en Nueva York, que convidó al matrimonio chileno a visitar.

Comunicándose nuevamente, un día después, con el abogado chileno, le expresó

que ya había conversado con destacados abogados londinenses y que, prima facie, éstos le habían expresado su opinión en el sentido de que la defensa del general debía basarse en la improcedencia del juicio y del arresto, por razones de territorialidad, y que podían conseguir que ni siquiera se incoara un proceso, obteniendo inmediatamente su libertad.

El alemán le dijo que el costo de los abogados londinenses era de diez millones de dólares, y que él estaba dispuesto a poner esa suma de su bolsillo.

El abogado chileno, al relatarle a Pablo el hecho, le señaló haber transmitido el ofrecimiento del magnate, pero le añadió que no había sido aceptado por el entorno del general, ya comprometido con otro equipo para su defensa.

Sea como fuere, y por impresionante que hubiera sido el ofrecimiento desechado, en lo concreto, como es sabido, el juicio se prolongó por largo tiempo y los fallos de primera y segunda instancia fueron desfavorables para Pinochet.

Estando Pablo en conocimiento de todo ello, después de volver de su primera visita a don Augusto en Virginia Water, a fines de diciembre de 1998, y en vista de las complicaciones judiciales suscitadas en el juicio, creía tener bastantes meses por delante para determinar la fecha de su segunda y última visita, en el curso de la cual se proponía consumar el rescate.

Durante 1999 la principal tarea era profundizar el conocimiento del entorno de la vivienda-prisión y de los caminos que la rodeaban.

Aquélla formaba parte de un condominio de 700 hectáreas (“Wentworth Estate”) que había pertenecido, en el siglo XIX, a un conde español exiliado, Ramón Cabrera. Hay dentro del inmueble 750 propiedades particulares con extensos jardines y tres canchas de golf de 18 hoyos cada una.

La club-house de los golfistas fue primitivamente la mansión de un cuñado del Duque de Wellington, y había sido edificada en 1805.

Pablo sabía, como antes se dijo, que la casa donde estaba el general casi colindaba (un par de jardines de por medio) con un fairway del campo de golf, el de su hoyo 17, lo que facilitaría las cosas; y que el resto del vecindario estaba

constituido por casas campestres de gente de fortuna, con mucho terreno y separadas entre sí por setos de arbustos fácilmente traspasables.

De hecho, el reglamento interno del condominio, del cual consiguió un ejemplar, prohibía a los propietarios tener cercos o setos de más de un metro 40 centímetros.

Un cliente frecuente

Otra fase del entrenamiento, en el curso de 1999, la cumplió el piloto, Carlos Rufín, que viajó en cinco oportunidades, con su mujer, para no despertar sospechas, a Inglaterra. En cada una arrendó, en el London Helicopters Centre, de Redhill, en Surrey, ubicado a 7 kilómetros del aeropuerto de Gatwick y a 20 del de Heathrow, un helicóptero Robinson R44, dejando estipulado el mismo plan de vuelo todas las veces: Chobham, a la finca de un amigo; luego Lowestoft, a la hostería de Benacre, donde pasarían el día, y retorno a Londres.

Se convirtió así en un cliente habitual y cumplidor, apreciado por la firma de arriendos aéreos, en la cual Carlos se entendía siempre con las mismas personas.

El plan de rescate dependía de la fecha en que un submarino chileno pudiera estar a la cuadra del punto elegido de la costa inglesa del Mar del Norte. Éste era Lowestoft, el cual le había sido comunicado en detalle, con sus coordenadas, que luego veremos cómo se obtuvieron, por Pablo al comandante con el cual había tenido dos "no-conversaciones".

En primer lugar, del submarino se debería desembarcar, de noche y a unos cinco kilómetros de la costa, en un zodiac, los lanzacohetes Law y su munición, pocos días antes del rescate. Y unos días después, recién producido éste, se llevaría al general a la nave en el helicóptero Robinson R44.

Y, last but not least, había que preocuparse de que a don Augusto, una vez rescatado, un médico de la Armada se preocupara de ponerle todas las inyecciones que diariamente le administraban en Virginia Water y que lo "mantenían a flote", lo que iba a ser necesario aunque estuviera en un submarino… (éste es un chiste).

Este punto le quedó muy claro al comandante que "no conversó" en diferentes ocasiones con Pablo.

Sea como fuere, éste sabía que lo único que le sobraba, a comienzos de 1999, era tiempo, porque el gobierno laborista inglés, socialista y de izquierda al fin, estaba feliz de mantener preso al general, en razón de los dividendos políticos

que ello le redituaba.

Pues nuestro ex Presidente había sido vilipendiado por la propaganda izquierdista en todo el mundo de una manera que pocos antes de él habían sufrido.

La calaña de la justicia

Al mantenerlo arrestado, los laboristas, de otro lado, se evitaban conflictos con la justicia española, que era manejada a su amaño, en estas materias y en esa época, por Baltasar Garzón y Joan Garcés. Pero en definitiva éstos conseguirían eso sólo tratándose del ex gobernante chileno, puesto que, años después, la misma justicia española inhabilitaría y sancionaría a Garzón por querer hacer, respecto del régimen de Francisco Franco, exactamente lo mismo que había hecho con el de Augusto Pinochet.

¿No es todo esto muy pintoresco y revelador de la calaña moral de una judicatura?

Pero, por otra parte, la justicia es universalmente permeable a la "corrección política", que en todo el mundo la determina fundamentalmente la izquierda, a la cual pertenece la inmensa mayoría de los periodistas que escriben, hablan o aparecen en los medios de comunicación y, al menos en Chile, también la mayoría de los jueces..

Por consiguiente, el único esfuerzo que iban a tener que hacer los magistrados ingleses para "quedar bien" era el de "parecer" respetuosos de las leyes, para mantener preso al general y, eventualmente, entregarlo a la "justicia" española.

De hecho, al cabo de un tiempo, en Londres se cumplieron las aprensiones de Pablo, porque el fallo de los lores que mantuvo detenido al general se fundó en una —y sólo una— razón muy feble, pero con pretensión formal de juridicidad.

En efecto, después de detallar escrupulosamente por qué eran inaplicables todas las demás razones supuestamente jurídicas invocadas para mantenerlo detenido, lo declaró responsable de los apremios ilegítimos a que, supuestamente, habrían sometido en 1988 a un joven individuo, que carecía de toda connotación política, en un cuartel policial de una remota zona cordillerana del sur de Chile, Curacautín.

Es que era el único hecho de la acusación que no estaba prescrito.

Los lores ingleses, a diferencia de Garzón, de los jueces de la Audiencia de España y de la mayoría de los magistrados chilenos, respetan la prescripción.

Así y todo ¿cómo podían responsabilizar a Pinochet de que un cabo de Carabineros hubiera, supuestamente, maltratado una noche a un joven en Curacautín, sin que hubiera prueba alguna de que el Presidente de la República lo hubiera así ordenado o siquiera sabido, ni antes ni después?

Era, simplemente, absurdo. La presunción de inocencia estaba llamada, dentro de toda lógica jurídica, a prevalecer sobre la otra presunción, sin base probatoria alguna, de que un Presidente de la República hubiera podido ordenar la prisión y los apremios de un adolescente sin ninguna connotación política, en un pueblo insignificante y perdido en la cordillera de los Andes, en el sur de su país.

Pero la política prevalece sobre la justicia en todas las latitudes. La única diferencia entre la judicatura española y la inglesa, en el caso Pinochet, fue que la primera no tuvo inconvenientes en pergeñar burdas invenciones (basta leer las 367 páginas del libelo de Garzón para enterarse); mientras que la segunda, al menos, se esforzó por revestir de alguna juridicidad su tarea de “encontrarle una quinta pata al gato”.

Quedó así comprobado que los ingleses son más serios que los españoles, incluso cuando prevarican.

El curso del juicio condujo a Pablo convencerse de que su grupo debía emplearse a fondo y de todas maneras en el rescate, pues indefectiblemente la izquierda marxista, como sucede en todas partes, iba a imponer su punto de vista a los lores de justicia británicos.

De este modo, sabiendo que “el diablo está en los detalles”, y disponiendo de bastante tiempo, se preocupó especialmente de ellos.

¿Cómo se derriba una puerta?

Fue muy útil que hablara una y otra vez con Pancho Opazo de todos ellos. Porque Pancho iba a ser, podía decirse, el corazón de la operación, como que iba a derribar la puerta por donde se iba a sustraer a don Augusto y, una vez sentado éste dentro de la pala excavadora, acondicionada como asiento, debía volver al faitway del hoyo 17 por donde mismo había entrado y depositar al general en el helicóptero.

Una noche Pablo se desveló pensando en el detalle de cómo iba Pancho a derribar la puerta. No podía simplemente impactarla medio a medio. Eso provocaría un destrozo enorme, que podría impedirles a él y a Alberto Simón sentar al general en el asiento previsto. Tampoco era práctico golpear la puerta a nivel del suelo con la pala excavadora, pues podría no derribarla y, aun si ella cayera, lo haría hacia fuera, sobre la pala y el bobcat. Al fin concluyó que lo mejor era que la pala impactara la puerta en su parte superior, haciéndola caer de plano dentro del escritorio.

Pero allí iban a estar el general, Alberto Simón y Pablo. Además, por lo que éste recordaba de su visita de diciembre, había menos de dos metros, el alto aproximado de la puerta, desde ésta al escritorio, de modo que entonces quedaría afirmada en éste, impidiéndoles sentar al general dentro de la pala. ¿Cómo iban a pasar con él a cuestas por encima de la puerta?

Entonces, lo que correspondía hacer antes, era mover el escritorio hacia la pared frente a la puerta, para dejar dos metros libres a fin de que ésta cayera al suelo y, pisando sobre ella, pudieran Alberto Simón y Pablo, colocar al general en el asiento, dentro de la pala y abrocharle el cinturón de seguridad.

Pablo conversó largamente este punto en Santiago, con Alberto y Pancho, y estuvieron de acuerdo: el “Roto Chileno” golpearía la puerta con su pala, por la parte superior y la haría caer de plano; Alberto y Pablo ya habrían movido el escritorio hasta dejar libres dos metros para que cayera la puerta al suelo; producido esto, tomarían al general de las axilas y lo sentarían dentro de la pala, abrochándole el cinturón de seguridad. .

Fue a esas alturas que, entonces, pensó durante sus desvelos ¿iba a quedar a toda vista el general? No. Debían prever una cortina metálica delgada, del ancho de la pala y enrollada en su parte superior, para ser bajada apenas el general estuviera sentado dentro, y con facilidad para ser subida después, al depositársele dentro del helicóptero.

Pancho Opazo, Rafael Ogilvie, Macoché y Javier Aguiló estuvieron trabajando en la casona de Elephant & Castle, hasta instalar ruedas de tractor al “Roto Chileno” y dejar acondicionada la pala retroexcavadora, dotada en su interior de un asiento mullido y cómodo, apropiado para una persona de mucha edad y delicada, como lo era el general. Y también para instalarle un cinturón de seguridad y la cortina metálica delgada, que se enrollaba en la parte superior y era fácil de bajar y subir, impidiendo la vista hacia el interior de la pala.

Había que ensayar mucho

¿Y si al golpear la puerta con la pala se dañaba la cortina? Ese detalle también se le ocurrió preverlo a Pablo durante sus desvelos. La solución era que la pala golpeara la puerta, derribándola, con su parte dentada inferior, sin tocar el rollo de la cortina, instalado en la parte superior. Todo era cuestión del manejo experto del operador.

¿Y si no caía la puerta con el golpe? Eso era imposible. Lo probaron en la casona, derribando una puerta interior del garage (que debieron reponer a un costo elevado, con otra mejor, para evitar el previsible y justificado reclamo posterior de la dueña). La puerta del garage era más sólida que la del escritorio, también de dos hojas y estaba con llave y con dos sólidos pestillos, superior e inferior, y, sin embargo, sus dos hojas cayeron de plano al suelo, los goznes siendo arrancados de la pared, cuando recibió en la parte de arriba la embestida de la parte dentada de la pala mecánica.

Cuando hicieron el experimento, Rafael Ogilvie y Pablo aprovecharon de tomar al fornido Alberto Simón por las axilas, pisando sobre la puerta derribada, y sentarlo dentro de la pala, en el mullido asiento, abrochándole el cinturón de seguridad y bajando la cortina. Todo funcionó perfectamente. Así iban a hacerlo con el general.

Después, en los terrenos del cottage de Peter, en Chobham, que eran bastante desolados y aislados, un sábado de septiembre de 1999, aprovecharon la llegada de Carlos Rufín y señora en el Robinson R44 y practicaron otra maniobra de detalle, que había ocupado las horas de desvelo de Pablo: asegurarse de que podían calzar perfectamente la puerta lateral de la aeronave con la pala del “Roto Chileno” y, desde el interior de la cabina, subir la cortina metálica, desabrochar el cinturón, tomar por las axilas al pasajero (hizo las veces Alberto Simón, con sus piernas encogidas, es decir, con todo su peso), y sentarlo en uno de los asientos posteriores del helicóptero. Pues éste era cuadriplaza.

En esa oportunidad convinieron en que, el día del rescate, debían venir dos personas en el aparato, además del piloto, para que éste no tuviera que distraerse en ayudar al general y así pudiera despegar inmediatamente de subido éste.

Otro “detalle” pensado en horas de insomnio de Pablo, fue el que éste solucionó con su llamada al comandante de la Armada: suponiendo que todo resultara bien, que el mar el día D y a la hora H estuviera tranquilo y el submarino y el helicóptero se hallaran donde debían estar ¿cómo transbordar a un anciano de mucho peso, impedido y enfermo desde el helicóptero al submarino? ¿Había en la superficie de éste espacio suficiente para que se posara la aeronave y dejara a un pasajero que iba en esas condiciones?

Pablo había estudiado catálogos de la nave y la aeronave y sabía que la eslora de la primera era de 6,2 metros y las patas o palas inferiores del Robinson R44, que iba a volar Carlos Rufín, medían menos de dos metros, de modo que podía posarse cómodamente, de través, sobre el submarino. Pero debía hacerlo en dirección este a oeste, y quedando su puerta lateral izquierda, junto a la cual estaría sentado el general, hacia la torreta de la nave, por la cual bajarían al caballero al interior de ella, inmediatamente después de sacarlo del helicóptero.

Como más arriba se señaló, tras la segunda “no-conversación” de Pablo con el oficial de la Armada, éste le había confirmado que se había posado un helicóptero con patas o palas similares a las del Robinson 44, atravesado sobre el Thompson, sin ningún problema.

En fin, dándole más vueltas y revueltas al asunto, Pablo se puso en el peor de los casos: que el “Roto Chileno” no pudiera atravesar algún seto. Bueno, en ese caso debería usar su pala mecánica retroexcavadora y eliminar el obstáculo. Sería una demora, pero había que tener en cuenta la posibilidad.

La ventaja de la pala era que el conductor del vehículo podía usarla hacia delante y hacia atrás, porque podía desplazarla por arriba en un sentido u otro. Por eso lo había elegido entre todos los variados modelos que estudió.

¿Y si, por A, B o C, no llegaba el helicóptero a su cita en el fairway con el “Roto Chileno”? Entonces éste saldría hacia Portnall Drive, subiría al camión-grúa, con el general “encapsulado”, y se marcharían al cottage de Chobham, que quedaba a diez minutos de Virginia Water.

Ese sería, entonces, el Plan C.

Y después ¿qué?

Un último desvelo que preocupó a Pablo fue el de determinar dónde quedarían los vehículos después del rescate. Se le ocurrió una solución.

Pues él había visitado Cornwall, en el suroeste de Inglaterra, pocos años antes, invitado por el gobierno británico, y había sabido que había sido una zona productora de cobre, metal que se había agotado. Como resultas de ello quedaron grandes socavones abandonados.

Le encargó a Marcos Fuenzalida viajar allá en agosto de 1999 y ubicar un socavón minero profundo y abandonado, donde pudieran caber el camión-grúa y la van. Aquél regresó diciéndole que tenía ya el lugar preciso y adecuado: un socavón profundo, que nadie visitaba y al cual había acceso en cualquier vehículo

Fueron los cinco que estaban en ese tiempo en Londres a visitarlo y coincidieron en que era perfecto para abandonar los vehículos y el armamento en su interior, pues la probabilidad de que fueran descubiertos en un tiempo próximo era remotísima.

CAPÍTULO X

LA INFILTRACIÓN Y LA SUSTRACCIÓN

Otra cosa que dio bastante trabajo fue planificar el ingreso final del contingente en pleno, pensado para febrero de 2000, al Reino Unido. Pues eran muchos chilenos juntos y, para no levantar ninguna sospecha, debían entrar a Inglaterra por diferentes puntos y en distintas oportunidades.

Cuatro iban a ingresar "normalmente" por el aeropuerto de Heathrow y en vuelo desde Chile, pero en días distintos; eran los mismos cuatro que habían ido repetidamente durante 1999, a hacer preparativos previos. Ya podían pasar como "hombres de negocios" y "viajeros frecuentes", sin levantar sospechas.

Dos tenían que hacerlo por Dover, viajando en haliscafo desde Ostende, en Bélgica, para llegar en tren a Londres, y también en fechas distintas.

Al igual como deberían hacerlo dos, en un vuelo desde Dublín, en Irlanda, a Edinburgo, en Escocia, y de ahí llegar, también por tren, a Londres.

Y, en fin, tres debían viajar separadamente en un transbordador desde Malmoe, en Suecia, a Aberdeen, en Escocia, y de ahí en tren a Londres.

A todos se les subrayó la importancia de viajar separados unos de otros, en lo posible en diferentes días, aunque emplearan el mismo medio.

Y todos debían converger en dicha capital en una fecha a convenir de la segunda mitad de febrero de 2000.

En los cinco viajes que Pablo, más un cuarteto del grupo, hicieron durante 1999, se preocuparon de comprobar, con Javier Aguiló al volante de la van Peugeot, que era perfectamente posible quedar bien ubicados en un lay by de la ruta A 30 para apuntar a las ventanas de la guardia de Scotland Yard, aunque hubiera un seto que no dejara verlas bien.

Para eso Pablo tenía una solución, que se le ocurrió en sus noches de desvelo, aparte de que el rescate lo iban a hacer en marzo, al final del invierno, cuando los árboles no tendrían hojas y, por tanto, la visual a través de las ramas sería

mucho mejor.

Se suponía que en el día D los tres artilleros deberían instalarse en ese lugar en la van y esperar a sentir el ruido del helicóptero piloteado por Carlos Rufín, para entonces disparar sus cohetes al ventanal de la guardia, con lo cual se desataría el pandemónium previo a la liberación del general.

A su turno, el helicóptero sólo debía descender cuando viera las explosiones, y no antes.

Pablo la bautizó como “operación doble candado”: “tú disparas cuando me oigas, yo desciendo cuando tú dispares”; o, desde la otra posición, “yo disparo cuando te oiga, tú desciendes cuando veas las explosiones”.

En Santiago habían ensayado muchas veces la acción de disparar, en los terrenos del regimiento antes referido, al cual llegaban periódicamente los tres que iban a operar los lanzacohetes, un posible sustituto, que variaba, y Pablo, todos con trajes de camouflage.

Todo estaba pensado

Todavía conservan el suyo y lo usan cuando los trotadores (que cada vez trotan menos) conmemoran los 11 de septiembre con apropiadas libaciones, lo mismo que el 2 de marzo, fecha del rescate del general.

Los agentes de Scotland Yard, que normalmente eran tres, iban a ser las primeras y, esperaban, únicas víctimas de la operación. Simultáneamente con las detonaciones de los cohetes Law, Lucho González, hijo de españoles, que iba a estar en el ruidoso grupo de manifestantes de izquierda, frente a la entrada de la casa y portando un letrero que decía “Pinochet Asesino”, se iba a lanzar a correr hacia la morada gritando a todo pulmón y en su mejor chileno: “¡Van a rescatar al viejo conchesumadre!”

Era una maniobra diversiva destinada a acentuar en el frontis la enorme confusión que, esperaban, provocaría la explosión de los cohetes Law.

Si Lucho era seguido por algunos o todos los de la cincuentena de hombres y mujeres de izquierda que se instalaban los sábados a tocar pitos y tambores y a gritar consignas e insultos, iba a haber una aglomeración en la entrada al jardín que mantendría ocupados y, por tanto, neutralizados a los guardias que pudiera haber fuera de la casa.

Al tiempo de la confusión producida en el frontis, por la parte posterior de la morada, que colinda, dos jardines de por medio, con el fairway del hoyo 17, iba a entrar el “Roto Chileno”, manejado por Pancho Opazo vestido de bombero, con su respectivo casco, después de atravesar los setos que separaban la casa del general del campo de golf; e iba a embestir con la parte dentada inferior de la pala excavadora la parte superior de la puerta del escritorio, derribándola.

La pala quedaría prácticamente dentro de la habitación, con su asiento debidamente acolchado.

En él, Alberto Simón y Pablo, que iban a estar de visita, introducirían al general, tomándolo de ambas axilas, y lo depositarían en el asiento, abrochándole el cinturón de seguridad y bajando la cortinilla metálica.

Hecho lo anterior, Pancho Opazo pondría marcha atrás en el "Roto Chileno" y, dando media vuelta, saldría hacia el fairway haciendo sonar su sirena y pasando a través de los mismos setos por donde hubiera entrado, hasta llegar al helicóptero, que estaría posándose en esos precisos instantes, en medio del desconcierto de los golfistas que pudiera haber cerca.

Rafael Ogilvie, que vendría en el helicóptero piloteado por Carlos Rufín, tendría la misión de sacar al general desde su asiento dentro de la pala retroexcavadora del "Roto Chileno", como había sido ensayado en Chobham. Sentado el general en uno de los asientos traseros del Robinson R44, despegarían en seguida hacia la costa o hacia el cottage de Chobham, según cómo estuvieran el clima y las circunstancias, aplicándose el Plan A o el B.

A todo esto, ya lanzados los cohetes Law, la van Peugeot, manejada por Javier Aguiló, habría emprendido viaje por la ruta A 30 hacia la M 4 y luego hacia el sur, hasta una mina abandonada de Truro, en Cornwall.

Al mismo tiempo, el "Roto Chileno" conducido por el "bombero" Pancho Opazo, saldría del fairway del hoyo 17 y del campo de golf, por donde mismo hubiera entrado y, reencontrándose con el camión-grúa conducido por Macoché, subiría por la rampa del mismo, para partir también a la mina abandonada de cobre cerca de Truro.

Alberto Simón y Pablo habrían salido corriendo por la puerta del escritorio de la casa de Virginia Water, simulando estar completamente consternados por lo sucedido y sin saber qué hacer. Llegados al fairway debían caminar hasta Portnall Drive y subir al camión grúa, en el asiento junto a Macoché, hasta que llegara el "Roto Chileno", cumplida ya su misión y subiera a la plataforma trasera.

En ese momento Pablo y Alberto descenderían y lo cubrirían con una capa de lona verde, subirían de nuevo al vehículo y emprenderían también viaje hacia Truro, junto a Macoché en el asiento del chofer y con Pancho Opazo en su asiento del "Roto Chileno", leyendo iluminado por la luz de una linterna de larga duración que había previsto para las cinco horas del trayecto.

Pablo, en su fuero interno, habría preferido decidirse a ser héroe nacional, quedarse en la casa de Virginia Water y morir disparando a los agentes de Scotland Yard, cuando aparecieran en el living-comedor.

En eso consistía el Plan D, que no le había revelado a nadie. Dicho plan era el único que le podría garantizar renombre heroico y, posiblemente, una estatua para la posteridad.

Implicaba decidir que nunca se iba a entregar vivo, cuando intentaran apresarlo, como era obvio que lo iban a hacer si estaban Alberto y él en la casa después de la fuga del general.

Pero Alberto Simón no estuvo de acuerdo en absoluto en ir al sacrificio. Además, finalmente se sobrepuso la formación cristiana de ambos y concordaron en que no debían sacrificar más vidas de jóvenes agentes británicos que las estrictamente necesarias.

El mismo Alberto argumentó que no quería morir ni se interesaba por una estatua. Y convenció a Pablo. Así es que, concluyeron, saldrían corriendo hacia Portnall Drive, detrás del “Roto Chileno” y se irían con Macoché y Pancho en el camión-grúa.

Además, iban a ser útiles para cubrir rápidamente con una lona al bobcat, para que nadie lo viera (pues iba a ser famoso a la media hora) antes de partir a Truro.

Sin dejar huellas

Los demás tenían previsto y preparado todo para después de la operación. Los tres artilleros llevaban sus maletines de mano y serían dejados por Marcos Fuenzalida, que habría permanecido en un auto arrendado en el lay by siguiente, pero cercano, de la A 30, durante la operación, en la estación de trenes de Virginia Water, donde tomarían el de vuelta a Londres, que pasaba a las seis; y de ahí partirían a sus diferentes puntos de salida de Inglaterra, que eran los mismos por donde había llegado.

Marcos, después de dejarlos en la estación, alcanzaría en su auto al camión-grúa, en cuyo manejo se turnarían los dos del asiento delantero, pues uno, Pablo Santander, se trasladaría a la van Peugeot, manejada por Javier Aguiló, para turnarse con éste.

Debían todos dirigirse a tomar la carretera M4 hacia el oeste, hasta empalmar con la M5 al sur para llegar a las cercanías de Truro, ingresar a la mina de cobre abandonada descubierta por Marcos Fuenzalida, e internar en el respectivo socavón los vehículos, que permanecerían ahí, esperaban, por los siglos de los siglos.

Como todos en la operación usaron guantes, confiaban que, aunque los vehículos fueran hallados alguna vez, nadie descubriría una huella digital suya en ellos.

En cinco horas llegarían hasta las cercanías de Truro, en caravana, sin detenerse en el camino, pues iban con estanques llenos y llevaban de comer y de beber.

La única parada, en algún lugar solitario, sería para que Pancho Opazo bajara del bobcat y se trasladara al auto de Marcos, con quien se turnaría en el manejo; y para que, como se señaló, Pablo Santander se cambiara a la van, para turnarse en el manejo con Javier Aguiló.

Esperarían dejar los vehículos empleados en el rescate en el socavón minero a medianoche. Los seis entonces descansarían hasta el amanecer en sendos sacos de dormir, apropiados para una temperatura de hasta cuatro grados bajo cero en el exterior, en la plataforma del camión grúa. Volverían a Londres en el auto de

Marcos, para dirigirse después a sus respectivos hoteles, recoger sus maletas de mano y tomar los diferentes trayectos de vuelta, que serían los mismos por los cuales habían llegado, pues todos tendrían sus pasajes confirmados de antemano para el domingo ocho de marzo.

La casona de Elephant & Castle habría sido dejada “limpia”. Como la dueña había recibido el arriendo de un año anticipado, quedaban dos meses antes de que ella eventualmente decidiera llamar a Roberto Ogilvie para saber si renovaría el contrato.

Pero un mes y medio antes de eso habría recibido por correo privado un paquete con las llaves del inmueble y una nota de agradecimiento, acompañada de un frasco de perfume fino, advirtiéndole que no se renovaría el contrato.

Los doce participantes en la operación se enterarían a través de los medios de comunicación acerca del revuelo que ella habría provocado.

El médico y su cónyuge, en Chobham, se estarían aprestando para volver a Chile, después de sus vacaciones campestres de una semana, salvo que el general hubiera debido ser llevado allá, en cuyo caso deberían velar por su salud hasta que el clima permitiera dejarlo en el submarino.

Pero si el tiempo hacía posible el Plan A, don Augusto Pinochet a las 5.15 p. m. del siete de marzo de 2000, ya estaría tranquilamente departiendo, ante sendas tazas de té y arrullados por el ronroneo de las máquinas del submarino, con el comandante de éste, mientras el médico de a bordo se estaría preocupando, cada cierto rato, de ponerle las inyecciones y darle los medicamentos prescritos por su médico personal.

Cómo y cuándo reaparecería el ex Presidente ya no sería problema del grupo que lo habría liberado, sino de la Armada, del Ejército y del Gobierno de Chile.

Ese era, ya en líneas de algún mayor detalle, el plan de rescate.

CAPÍTULO XI

MONITOREO DE LA DEFENSA JUDICIAL

Por supuesto, como antes se advirtió, desde un principio Pablo Santander consideró remota la posibilidad de que la defensa judicial de Pinochet en Londres tuviera éxito.

Él había cooperado con sus abogados chilenos, aportando toda la documentación que le habían pedido.

En una oportunidad había mandado dos enormes archivadores con muchas páginas de argumentos, que fueron llevados a Londres por un matrimonio de partidarios del general, al cual se los entregó en La Pirámide, a mediodía, un sábado en que ellos se dirigían al aeropuerto para viajar allá y Pablo iba a trotar con el resto del grupo.

Los portadores del material de apoyo eran personas de gran situación económica y de mucha nobleza, en el sentido de que no habían "tomado distancia" ni "se habían dado vuelta la chaqueta" con respecto al Gobierno Militar, como tantos malagradecidos.

Pablo encontraba que la defensa judicial del general estaba errando el blanco y trataba de hacerlo entender. Pero, si bien se le oía con deferencia y agradecimiento, no le hacían caso.

Su punto de vista era el siguiente: éste no era un juicio fundado sólo en la legalidad, sino principalmente un proceso político y mediático, entendiendo por tal uno que se definiría según la impresión que tuviera la opinión pública internacional acerca del asunto, no según lo que ordenaran las leyes.

Si hubiera sido por esto último, el general no podría haber sido siquiera apresado, en primer lugar, pues gozaba de inmunidad diplomática y como jefe de Estado, y estaba amparado por la territorialidad de la ley chilena.

Por consiguiente, si bien no se trataba de desechar la posibilidad de argumentar jurídicamente contra su arresto, más importante era demostrar que su gobierno no había sido el de un dictador sangriento, sino una administración

institucionalizada de las fuerzas armadas, sujeta a una legalidad, dotada de respaldo popular y enfrentada a un desafío armado y terrorista respaldado por un régimen totalitario con influencia mundial, como lo era la URSS, en particular a través de su satélite cubano.

Era fácil probar que éste había apoyado y financiaba en Chile un poderoso aparato guerrillero, al cual era preciso combatir.

No se había tratado, entre 1973 y 1990, de "reprimir a inocentes opositores democráticos", pues éstos, de hecho, en el período indicado, pudieron exponer sus discrepancias, hicieron campaña en la consulta popular a que convocó el régimen en 1978 y en la previa al plebiscito de 1980, que aprobó la Constitución y dio un mandato de ocho años adicionales al Presidente Pinochet (que, por lo tanto, fue un Presidente elegido y no un dictador).

Y todo aquello lo hicieron esos opositores sin sufrir atropellos a sus derechos humanos. Este último tema se presentaba a raíz de la lucha contra el terrorismo.

En los años '80, incluso, si se examinaba el panorama de los semanarios políticos chilenos de actualidad, podía comprobarse que era mayor el número de los adversos al gobierno de Pinochet que el de los favorables.

En plenos años '80 Pablo Santander había asistido a una reunión de la Sociedad Interamericana de Prensa en San Antonio, Texas, donde había probado lo anterior exhibiendo ejemplares de revistas chilenas sañudamente críticas del Gobierno Militar en general y del Presidente Pinochet, en particular, despliegue que había causado bastante sorpresa entre los periodistas americanos asistentes.

La oposición armada y terrorista, en cambio, sí debía ser combatida: más de veinte mil guerrilleros, cuya existencia reconocían los propios partidarios de Allende (como el más radicalizado de ellos, el ex senador socialista Carlos Altamirano, cuya contabilidad, en el libro "Altamirano", de Patricia Politzer[3], confesaba unos diez mil guerrilleros UP armados); y en informes de instituciones internacionales, como la OEA, que había reconocido en un documento oficial, el ingreso de doce mil extranjeros de extrema izquierda a Chile, antes de 1973[4], constituían en su conjunto la prueba de una ostensible amenaza armada contra el Gobierno, que sólo podía ser derrotada por las armas.

Por consiguiente, había que fundar la defensa ante los tribunales británicos, estimaba Pablo, en que el régimen militar estaba obligado a defenderse del

terrorismo y la guerrilla armados.

La verdad de los hechos

Los ingleses sabían bien qué era eso, tras largos años de enfrentar el terrorismo en Irlanda el Norte. También su gobierno había sido acusado de atropellos a los derechos humanos y delitos de lesa humanidad, en medio de su lucha antiterrorista.

Y, tal como el Gobierno Militar chileno, los ingleses habían procurado que ese combate, inevitablemente irregular, tuviera lugar dentro de la legalidad.

Por otra parte, sostenía Pablo, debía acreditarse ante la justicia británica la disposición del Gobierno Militar chileno para respetar los derechos humanos, recordando hechos comprobados: cuando se denunció que el órgano de inteligencia oficial, la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), cometía abusos o incurría en excesos, fue suprimido (en 1977) y reemplazado por la Central Nacional de Informaciones (CNI), a cargo de un general de gran integridad.

Y después, cuando incluso esta última institución fue a su turno acusada de incurrir en excesos, por disposición de la propia Junta de Gobierno se le prohibió detener personas, obligándola, toda vez que las arrestare, a ponerlas inmediatamente a disposición de la policía uniformada o los tribunales de justicia.

El tema de la tortura, también esgrimido como argumento para juzgar al general Pinochet, había sido presentado falsamente, pues se podía probar de manera documentada que en Chile esa práctica había sido tolerada por los gobiernos anteriores al militar, en particular los de Frei Montalva (1964-70) y Salvador Allende (1970-73), contra los elementos subversivos, en el primer caso, y contra meros opositores, en el segundo.

Pablo aportó a la defensa en Londres documentación acreditando la presentación de abogados de izquierda a la Corte Suprema, durante el gobierno democratacristiano de Eduardo Frei Montalva, en 1967, que detallaba numerosos casos de tortura contra subversivos del MIR. Esa presentación había sido firmada, entre otros, por Ricardo Lagos, político socialista, que posteriormente

fue Presidente de la República entre 2000 y 2006[5].

Y bajo el gobierno de Allende la tortura contra opositores políticos había sido sistemática, pese a que a aquél no lo amenazaba ningún grupo terrorista organizado, pues los únicos que había eran amparados por el régimen y formados por gente de izquierda partidaria suya.

Tanta gravedad alcanzó la tortura bajo Allende, que uno de los capítulos del Acuerdo de la Cámara de Diputados, de 22 de agosto de 1973, llamando a las fuerzas armadas a poner término a la situación imperante, se refería justamente a los apremios ilegítimos contra democráticos, como una de las razones para pedir la intervención uniformada.

En definitiva, las únicas acciones judiciales persecutorias de la tortura en Chile, pese a todo lo anterior, fueron la promovidas bajo el Gobierno Militar, y de ellas resultaron uniformados y policías civiles condenados por esas prácticas. En este último régimen hubo menos impunidad para ese delito que en los dos anteriores.

En el fondo, Pablo sostenía que se debía apuntar a que Pinochet era inocente de la acusación de atropello a los derechos humanos, pues había dado pasos para que los mismos fueran respetados.

De lo que se trataba, en fin, ante los tribunales británicos, era de demostrar la imposibilidad de que la lucha contra un terrorismo militarizado, organizado y poderoso, por parte de decenas de miles de hombres de las fuerzas armadas, pudiera haber sido un proceso jurídica y humanitariamente impecable, de una limpieza quirúrgica.

Israel, en su lucha contra el terrorismo palestino, aprobaba año a año leyes autorizando el uso de la tortura en interrogatorios de guerrilleros palestinos., Desde luego, todos los autores intelectuales del atentado palestino contra atletas israelíes en las Olimpiadas de Münich fueron muertos sin forma de juicio por agentes secretos israelíes. ¿Se ha emitido alguna vez una orden de captura internacional contra los gobernantes de Israel?

En ese tiempo (1998) todavía no se sabía que en Guantánamo los norteamericanos iban a interrogar a los presos de Al Qaeda utilizando “técnicas mejoradas de interrogación”, como llaman ellos a las torturas, que incluso en su país son técnicamente legales. Gracias a las mismas se descubrió el paradero de Osama Bin Laden en Pakistán, se envió un comando a matarlo de un tiro en la

cabeza, cuando estaba desarmado, y sus restos fueron lanzados al mar desde un portaaviones. ¿Delito de lesa humanidad? ¿Garzón despachará orden de arresto internacional contra Obama?

Todo lo anterior sólo confirma la tesis de que los llamados “países desarrollados” emplean para combatir el terrorismo exactamente los mismos métodos que ellos imputaban al Gobierno Militar chileno, y por los cuales se pretendía condenar al ex Presidente Pinochet.

Y ello pese a que el gobierno de éste fue más allá que los de países desarrollados y dio órdenes a sus subordinados —que éstos, hay que reconocerlo, no siempre acataron— de respetar los derechos de los detenidos.

Todo esto se hallaba sintetizado y documentado en el referido libro de 2008 y en otro que fue, justamente, el que Pablo había hecho traducir al inglés y llevado a Londres en 1998, entregándolo a partidarios y amigos ingleses del general, entre los cuales se encontraba el ex embajador británico en Chile, John Hickman.

Abogada indiferente

En vista de la necesidad de hacer ver todo lo anterior, durante una de sus visitas de 1999 a Londres, Macoché y Pablo decidieron irse caminando desde el Hilton de Hyde Park, donde en esa oportunidad se hospedaban, a la oficina de la abogada de la defensa del ex Presidente, Claire Montgomery, que estaba al final de Oxford Street hacia el norte.

Macoché le había pedido por teléfono una entrevista y ella le respondió que sólo lo podía recibir brevemente una mañana de mediados de marzo.

Cundo al fin llegaron, un poco atrasados, pues la oficina quedaba en una especie de subterráneo que les costó mucho ubicar, Claire los recibió de pie y sin mucha ceremonia, haciendo ostensible su deseo de que se marcharan pronto. Ella cobraba por hora, así es que, literalmente, su tiempo era oro.

Pablo le expuso su alegato en el sentido de que la defensa del general debía poner énfasis en su inocencia de la acusación de cometer delitos; y en que difícilmente algún otro gobierno del mundo, por civilizado que hubiera sido, habría podido poner término a la amenaza de una guerrilla bien armada, de más de veinte mil insurgentes, con apenas 3.197 bajas (incluyendo las 423 provocadas por la propia guerrilla) a lo largo de 17 años de gobierno, según habían comprobado la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (Informe Rettig, 2.279 caídos) y una nueva comisión, "de Reparación y Reconciliación), que aceptó 899 víctimas más (incluidas 230 a manos de la guerrilla terrorista de izquierda).

Pablo iba a explicarle que el primer informe mencionado tenía un sesgo muy contrario al régimen (porque había sido redactado por una mayoría de adversarios políticos del mismo y sobre la base de investigaciones de abogados que, en un 90 por ciento, también eran opositores de aquél).

Pero la abogada parecía poco predispuesta en favor de esa tesis. Por los breves comentarios que hizo, se formaron la impresión de que tampoco simpatizaba nada con el Gobierno Militar, si bien quería hacer eficientemente su trabajo de defensa legal del general.

En conclusión, se convencieron de que ella no deseaba incurrir, al llevar a cabo su trabajo, en una incorrección política y comprometer su buen nombre profesional, legitimando en algún sentido la acción de Pinochet como gobernante. Sólo buscaba defender al ex Presidente sin refutar los hechos presentados por Garzón, sino sólo el derecho esgrimido por éste, y no enredándose en algo tan discutible y complejo como la verdad.

Entonces, antes de marcharse, Pablo le hizo entrega de las cien páginas de la traducción inglesa del libro que llevaba, con bastante seguridad de que ni siquiera las iba a hojear. Y pasó a considerarla, políticamente, se entiende, como una persona "del otro bando" y la última a la cual él habría elegido para la defensa del general.

Regresaron desalentados. Pablo le comentó a Macoché que no debían tener la más mínima esperanza de que la justicia inglesa fuera a fundarse en la verdad de los hechos, pues la defensa del general se iba a limitar a hacer una argumentación jurídica, cuidándose de no contradecir a la corriente mayoritaria de la opinión pública mundial, que era manejada (como siempre) por la izquierda y condenaba de antemano a Pinochet.

Mientras retornaban por Oxford Street se consolidó el convencimiento de ambos de que la única salida era rescatar al general, tal como se lo habían propuesto. Salvo que…

CAPÍTULO XII

OFENSIVA VERBAL PARALELA

…el titular del Home Office, Jack Straw, resolviera liberarlo por razones de salud, como legalmente estaba facultado para hacerlo.

Pues desde que Pablo Santander fue a Londres a ver por primera vez al ex Presidente, en diciembre de 1998, alimentaba la idea de desarrollar una campaña de convencimiento a Straw para inducirlo a decidir esa liberación.

De modo que, cada vez que volvió después a esa metrópoli, insistió en el mismo propósito y procuró que Straw le recibiera.

Los jueces y la política

Como siempre lo hemos visto en Chile, la injerencia del poder político sobre la judicatura allá también es muy importante. Actualmente, en nuestro país, una mayoría de jueces contraviene elementales normas del derecho penal con toda tranquilidad, y sólo para cumplir un propósito “políticamente correcto”, como es el de condenar a los militares que lucharon contra el terrorismo marxista. No valen la amnistía establecida por ley plenamente vigente, ni la prescripción, que es sagrada en el derecho penal mundial; ni la cosa juzgada, que prohíbe procesar dos veces a una persona por un mismo delito; y ni siquiera, en muchos casos, la presunción de inocencia, el principio pro reo ni la propia verdad de los hechos.

Pues algunos uniformados han sido condenados, aunque parezca increíble, habiéndose probado su inocencia en el mismo proceso donde se les sentencia (caso del brigadier (r) Miguel Krassnoff, en el juicio sobre la muerte de la extremista Lumi Videla, cuyo hermano reconoció la inocencia de aquél; y en el de la desaparición del mirista Alfredo Chanfreau, donde otro mirista, testigo en la causa, Erik Zott, declaró que el entonces teniente Krassnoff no había participado en su detención, que, por lo demás, fue hecha por la DINA casi dos meses antes de que el referido teniente fuera asignado a tal repartición).

Los jueces de izquierda chilenos saben que pueden cometer todas esas tropelías jurídicas contra los uniformados (r), porque cuentan con un amplio respaldo político de todos los sectores y, para el caso, del resto del mundo, que en esa materia ha llegado a un acuerdo tácito, pero unánime, de condenación sin más pruebas que las afirmaciones falsas y majaderamente repetidas de la izquierda durante años.

Por algo Goebbels afirmaba: “Una mentira repetida mil veces pasa a ser verdad”. Pues en la Alemania de Hitler sucedía algo parecido a lo que en 1998 (en cuanto respecta a Pinochet) sucedía en la España de Aznar, la Inglaterra de Blair y el Chile de la Concertación: los jueces eran sujetos ideologizados, comprometidos en la tarea de condenar a como diere lugar a las personas que el “pensamiento políticamente correcto” había designado como culpables.

Y así como han quedado testimonios fílmicos de los jueces alemanes de los años

’30, insultando a los procesados por el solo hecho de intentar defenderse, han quedado también los de los años ’90, partiendo por el verdadero mitín público de la vociferante Audiencia de España que ordenó apresar a Pinochet, y de la menos vociferante, pero igualmente alineada contra la verdad y la justicia, comisión de lores ingleses buscando un resquicio absurdo para mantenerlo detenido (los ingleses, como antes se dijo, siempre han prevaricado con mayor discreción que los españoles).

Y, tal como en la Alemania nazi, los jueces hispanos podían en 1998 contar con que su gobierno iba a “mirar para otro lado”; los jueces ingleses con que podrían gozar del respaldo gubernativo y de la opinión pública mundial; y los jueces chilenos podían con el aval de la Concertación y la indiferencia de la oposición de centroderecha, que había “tomado distancia” de Pinochet..

Por eso mismo, Pablo tenía la convicción de que, si había una presión, aunque fuera sutil, del gobierno inglés sobre los jueces llamados a resolver acerca del destino del general Pinochet, ella iba a ser decisiva.

Hoffmann “pillado”

Irónicamente, en un momento dado el favoritismo político mundial en pro de condenarlo jugó en contra de quienes lo perseguían. Pues uno los lores que lo juzgaba, Hoffmann, se sintió tan seguro de “la corrección política” de su causa, que no tuvo inconvenientes en seguir conociendo de ella a sabiendas de estar implicado, pues era miembro contribuyente de Amnistía Internacional, uno de los querellantes y parte en el juicio.

Hoffmann no juzgó siquiera del caso exponer esta implicancia que le afectaba, tan políticamente blindado se consideraba. Pero alguien que nunca falta la expuso públicamente, lo que obligó a anular el fallo en que intervino el señalado lord. Quedó así constancia de que en los tribunales británicos la juridicidad sólo puede ser atropellada si se guardan las formas. Pues el contubernio de Hoffman con la parte querellante fue ya no sólo un atropello a la noción básica de justicia, lo que los británicos pueden dejar pasar, sino una falta de urbanidad, cosa que no dejan pasar nunca.

Consciente de esos factores, Pablo actuó de manera solitaria y sigilosa para influir sobre el personaje decisivo, el Ministro del Interior inglés, Jack Straw.

Como primera medida, en diciembre de 1998 ya mandó imprimir en Londres una elegante tarjeta de visita, con letras en relieve por ambas caras, una para cada idioma, en la mejor cartulina disponible, que lo presentaba no sólo como abogado y ex parlamentario, sino como “editorial writer”, lo cual era parcialmente efectivo, de un diario chileno.

Tomó la precaución de que el texto en relieve de la tarjeta fuera ubicado en la parte superior de la misma, para poder escribir un añadido debajo. Y el que escribió con sumo cuidado caligráfico en una fue:

“Dear Jack: You most probably have forgotten me, but we met in 1959 at the restaurant “Samoiedo”, in Viña del Mar, and had very interesting conversations (probably discussions) about our differing political points of view. Now I demand only a few minutes of your time to get you acquainted with some very important facts concerning the imprisonment of general Pinochet”. (“Querido

Jack: Tú muy probablemente te has olvidado de mí, pero nos conocimos en 1959, en el restaurant “Samoiedo”, en Viña del Mar, donde tuvimos muy interesantes conversaciones (probablemente discusiones) sobre nuestros discrepantes puntos de vista políticos. Ahora te pido solamente unos pocos minutos de tu tiempo para ponerte al tanto de algunos muy importantes hechos relativos a la prisión del general Pinochet”).

Por supuesto, Pablo nunca había conocido a Straw, pero era efectivo que éste había residido en Viña del Mar por unos meses en 1959 y la probabilidad de que hubiera ido al “Samoiedo” más de una vez era muy alta, pues ese salón de té era entonces moderno y bien atendido, y muy concurrido. Era un “must” de Viña, sobre todo para los extranjeros visitantes.

Entonces cabía la posibilidad de que Straw, aun siendo socialista, hubiera ido al “Samoiedo”. Por su parte, en 1959 Pablo más de una vez había ido con diferentes personas y en variadas ocasiones al “Samoiedo”. ¿Quién podía negar que Jack Straw hubiera estado ahí algunas de esas veces y hubiera conversado con Pablo? Toda buena mentira debe tener siempre alguna base de verdad.

Un peticionario insistente

De modo que, ya cuando estuvo en Londres, en diciembre de 1998, Pablo fue personalmente al 50 de Queen Ann's Gate, cerca del Saint James Park, donde estaban entonces las oficinas del Home Office (después se mudó), y avanzó lo más que pudo a través de las barreras burocráticas y de seguridad, hasta dejar en una oficina su tarjeta y una solicitud de entrevista. Incluso consiguió el teléfono de una secretaria de Jack Straw a la cual llamar posteriormente, preguntando por dicha solicitud.

Desde entonces no cesó de telefonear, porque su experiencia en Chile le había enseñado que, frente a la insistencia, no había barrera de la burocracia que pudiera prevalecer (el principal deseo de todo burócrata es no ser molestado). Y creía que ésa era una ley internacional de general aplicación.

Al fin, tras mucha insistencia, llegó hasta comunicarse con la secretaria personal de Straw, que le pidió decirle a ella el motivo de su visita. Pero él siempre le replicaba que su motivo era estrictamente personal y confidencial, además de importante, y que no podía dárselo a conocer a otra persona que no fuera él.

Seguramente las funcionarias y funcionarios del Home Office tenían su paciencia bastante colmada por Pablo Santander, pero éste creía que era demasiado importante hablar con Straw como para dejar de insistir, y volvía a hacerlo una y otra vez, simplemente "poniendo cara de palo". Si estaba dispuesto a morir por la Patria, se decía, con mayor razón debía estarlo para vencer cualquier posible timidez y ser insistente, impertinente o insoportable si era necesario, ninguna de cuyas tres cosas, creía, había sido antes.

Así, siguió llamando y recibiendo negativas y evasivas de la secretaria. Esa, por lo demás, es y siempre ha sido la principal labor de las secretarias de los altos personajes: librarlos de los "lateros". Y la primera definición de "latero" es: "persona que dice no poder revelar el motivo de su entrevista sino al propio alto personaje".

Pablo supuso que, en alguna etapa de su porfiado empeño, Straw, enterado de éste, debe haber pedido que se chequeara sus antecedentes. Entre ellos había uno

que podía favorecerlo, pues en 1983 había sido invitado oficial del gobierno inglés, y había no sólo recorrido los lugares de su preferencia en el Reino Unido, sino que incluso había sido recibido y entrevistado por un viceministro de asuntos extranjeros, que habló con él acompañado de un asesor suyo. Este último resultó ser un ex secretario de prensa de la embajada británica en Santiago, en cuya casa Pablo había estado comiendo alguna vez y con quien solía encontrarse en recepciones e incluso en el metro.

Durante todos esos meses en que luchaba por conseguir la entrevista, el plan de rescate siguió implementándose, como se ha descrito en capítulos anteriores, y a fines de 1999 ya estaba en la etapa de ejecución final.

Impermeable a los rechazos y recomendaciones de “por favor, no insista” (porque los ingleses siempre te dicen “please” cuando te rechazan), llegó, a comienzos de 2000, una ocasión en que, con enorme sorpresa de su parte, le dieron día y hora para la entrevista “de no más de cinco minutos” con el ministro.

Cuando recibió la noticia por recado telefónico dejado en su casa de Santiago, él estaba veraneando en Algarrobo, así es que partió a Londres “a espeta perros”.

La entrevista, finalmente, tuvo lugar y fue bastante pintoresca, porque Straw le recibió, pero no en su despacho, sino en una salita adjunta, evidentemente destinada a visitantes de mínimo coturno, y le dijo directamente:

“Usted ha sido bastante insistente durante mucho tiempo, señor Santander. Lamentablemente, dispongo sólo de un minuto, así es que le ruego decirme brevemente el motivo de su petición de entrevista”.

Pablo le dijo:

—Perdona que te trate de Jack, pero esa era la manera en que nos tratábamos en Viña del Mar.

Straw le replicó al instante:

—No tengo ni el menor recuerdo de que nos hubiéramos conocido, ni menos del restaurante mencionado por usted en su nota. Mis intereses y mis recursos de entonces me vedaban ir a restaurantes elegantes, como, supongo, es ése.

Pablo recita el guión

Entonces Pablo, sin más, disparó de corrido el parlamento que había ensayado cientos de veces ante un espejo, caminando por una calle, antes de quedarse dormido y hasta en el curso de menesteres de aseo personal que no es del caso precisar:

—Bueno, Jack, lo que vengo a decirte es sólo lo siguiente: a raíz del arresto del general Pinochet, y durante todo este tiempo, se ha organizado en Chile una operación a la cual soy completamente ajeno y que tiene por objeto no sólo liberar al general, sino, sea que esto se logre o no, provocar en Londres un gran trastorno, una situación de suma violencia, probablemente sangrienta, y que ganará los titulares de todos los diarios del mundo.

"Será explicada como una reacción patriótica chilena frente a lo que se considera una afrenta contra la soberanía nacional. Se me ha insistido en que incluso el objetivo mismo de liberar a Pinochet ha pasado a ser secundario, pues fundamentalmente se trata de una cuestión de honor patrio. Se me ha encargado advertirte que ella ocasionará víctimas.

"Tú puedes ordenar mi arresto inmediato a raíz de lo que te estoy informando, pero te advierto que no tengo el menor conocimiento acerca del plan o del atentado, no sé cómo llamarlo; ni sé de qué se trata y ni siquiera sé el nombre de la persona que me encargó entrevistarme contigo y comunicarte lo que te he dicho, pero considero un deber hacerlo. Ni siquiera sé por qué he sido elegido para este papel, pero supongo que alguien supo de mis encuentros contigo en 1959, que he referido muchas veces a variadas personas, a raíz de la prisión de Pinochet.

"Si tú simplemente ejercieras las atribuciones que tienes y liberaras al general, se ahorrarán vidas británicas y, seguramente, también chilenas. Es innecesario que te advierta que, ya a estas alturas, es muy urgente que tomes nota de lo que te he dicho.

"Bueno, ha sido un agrado volver a estar contigo, después de tantos años, aunque no me hayas siquiera recordado, y te quedo muy reconocido de haberme recibido

durante estos breves minutos”.

Pablo entonces le extendió la mano, que Straw estrechó, un poco desconcertado, preguntándole dónde se alojaba en Londres. Pablo le dijo que en el Hilton de Hyde Park y el inglés le replicó que, en caso necesario, lo llamaría.

Y no lo mandó arrestar en el acto ni tampoco después. Supuso que porque nunca es cómodo para un político detener a alguien que escribe en los diarios, aparece en la televisión y habla en las radios. Y menos por el solo hecho de haberle relatado una historia fantástica, que bien podía ser prueba de un estado transitorio o permanente de locura. Y, en fin, porque probablemente sabía que Pablo en Chile era bastante conocido y, por tanto, no era un simple riflero. Sea como fuere, éste ya había sembrado su grano de mostaza.

A veces un grano de mostaza hace toda la diferencia. ¿No hay un Evangelio que dice algo así?

CAPÍTULO XIII

EL SUBMARINO QUE CUMPLIÓ

El año 1999 Pablo lo había pasado velando por todos los detalles de la operación. Casi siempre fue solo a Londres, con la excepción de una vez en que fue con Macoché. No quería que nadie fuera vinculado con él. Los otros miembros del grupo, según fue necesario, también viajaron siempre separados.

Todos estudiaron a fondo la casa de Virginia Water y su entorno, como antes se describió. Pablo a veces lo hizo solo y de las maneras más inverosímiles, tanto transitando en un auto arrendado alrededor de ella, como vestido de jogger, trotando junto al seto exterior del lado norte y circunvalando el fairway del hoyo 17 del Wentworth Club, donde vagabundeó como si fuera un distraído paseante que viviera en alguna de las setecientas cincuenta casas del condominio.

Los golfistas estaban acostumbrados a estos paseantes, pues es un derecho de los propietarios, establecido en los estatutos del Wentworth Estate, el de mirar jugar a los golfistas.

Llegó hasta a comprobar que, aparte de la entrada oficial de la "Club House", al centro del condominio, que estaba controlada para que no se "colaran" no-socios (y por eso siempre le detenían allí y él se daba media vuelta y se iba, murmurando excusas) no lejos de ella había otros 17 accesos al estate, por los cuales solían circular camiones de servicios variados, sin que pudiera detectar nunca señales de especial vigilancia.

Tampoco vio en esos trotes a nadie que pareciera ser un agente de Scotland Yard, aunque, también es cierto, la especialidad de esos agentes es no parecer serlo.

Al final le quedó perfectamente claro el trayecto del camión-grúa de automóviles que iba a transportar al "Roto Chileno" en el día D.

En viajes posteriores, acompañado de Macoché, repasaron ese trayecto, del mismo modo que lo hizo con Javier Aguiló en relación al que debía hacer la van Peugeot, transportando a los tres artilleros, hasta situarse "a tiro de cañón" del ventanal del recinto ocupado por Scotland Yard en la casa del general.

Hay algo que no se puede revelar y es un contacto que tenía dentro del círculo del general, al cual le pidió un solo dato: la altura del alféizar de las tres ventanas de la sala donde estaba Scotland Yard, porque por ellas iban a entrar los cohetes Law destinados a neutralizar la guardia y destruir la sala de los policías, cuando rescataran al general.

Tres flores rojas

Se le informó que estaba a un metro 60 centímetros de altura y las ventanas se extendían por cuatro metros, de modo que los tres cohetes Law debían ingresar separados por una distancia de un metro entre sí.

Sabiendo eso y vestido con un buzo atlético, se deslizó una madrugada de enero de 2000, oscura como boca de lobo, y con el suelo y los árboles cubiertos de nieve, junto al seto de la casa que daba a la carretera A 30, y amarró en el mismo sólidamente tres flores amapolas rojas pequeñas, de plástico, a un metro 80 centímetros de altura, separadas entre sí por un metro.

Eran de material bastante sólido, no se iban a deteriorar y tampoco iban a molestar a nadie que las viera. Sólo podían advertirse si uno fijaba bien la vista y escrutaba el seto. De hecho, permanecieron ahí después del rescate y a lo mejor se encuentran todavía donde Pablo las amarró, porque eran no biodegradables.

Luego demarcó precisamente, con pintura blanca que llevaba en un tarro pequeño, en el pavimento del lay by de la carretera A 30, que queda enfrente de la parte norte de la propiedad donde estaba el general, el lugar preciso donde debía ubicarse el lado posterior de la ventana del chofer de la van. Esa ubicación y las flores rojas definían los puntos precisos de la trayectoria de los cohetes. La alineación de las mirillas de la van con las flores rojas aseguraba la trayectoria correcta de aquellos, para que entraran por la ventana que era su blanco, y estallaran dentro de la habitación de la guardia.

Un punto en la costa

En uno de sus viajes de 1999 le pidió a Macoché que llegara un día después, llevando un GPS muy sofisticado (que pasó exitosamente todos los controles de los aeropuertos, no sin que antes tuviera que explicar qué era, lo cual revelaba su carácter inofensivo).

Se pusieron de acuerdo en ir al punto de la costa del mar del Norte donde iba a aflorar el submarino.

Macoché, con su prestancia de lord ultrainglés y su manera de expresarse que dejaba al príncipe Felipe de Edimburgo a la altura de un cockney[6] (londinense vulgar), había comprado cash un bote de goma Zodiac para cuatro personas, con su respectivo motor Tohatsu de pequeño tamaño. Quedó todo guardado en la vieja casona de Elephant & Castle.

Adquirida la embarcación, en cuyo uso Macoché era experto, una noche de fines de diciembre de 1999 salieron ambos desde el garage en la van Peugeot, cargando el Zodiac y su motor, y se dirigieron a la costa del Mar del Norte por la ruta A 12, hasta llegar al sur de Lowestoft.

Ensayo exitoso

En la zona habían elegido un lugar costero en que un camino los llevaba a la misma orilla del mar. Era bastante aislado, con sólo una casa de campo cerca de la playa, pero de la cual los iba a separar un bosque pequeño.

Además, esa playa tenía poco oleaje, de manera que podían arrastrar el Zodiac con el motor y embarcarse sin problemas para una futura cita con el submarino.

Llegados al punto elegido, descendieron de la van y caminaron por la arena, arrastrando el motor y el Zodiac, para lo cual debieron hacer dos viajes de unos cien metros.

Dejaron la van mirando al mar y con las luces encendidas. A la orilla del agua armaron e inflaron trabajosamente el Zodiac, le instalaron el motor y lo empujaron, iluminando la superficie con sendas luces que llevaban en la frente, amarradas por una banda alrededor de la cabeza. Se treparon y sortearon olas de aguas gélidas pero de moderado tamaño. Por supuesto, iban provistos de salvavidas.

Por suerte el motor partió inmediatamente y se internaron en línea recta durante quince minutos. Recorrieron no menos de cinco kilómetros. Ahí se detuvieron y Macoché le dictó a Pablo la posición exacta en que estaban: 52 grados 24 minutos 62.73 segundos Norte y 1 grado 54 minutos 40.21 segundos Este. Dato que Pablo garrapateó con toda la precisión que pudo, mientras ráfagas de agua-nieve los mojaban. Este último procuró retener las cifras en la memoria, por si todo lo escrito se borraba.

Entonces dieron media vuelta y regresaron a la costa, guiados por las luces de la van Peugeot.

Los empapó una ola imprevistamente grande llegando a la orilla, pero desembarcaron a salvo y procedieron, ateridos de frío, a desarmar y desinflar el Zodiac, previo desmontar el motor.

Nuevamente hicieron el trayecto de 100 metros arrastrando, primero, el bote

desinflado, y después el motor.

Un café reconfortante

Terminaron extenuados en la Peugeot.

— Tomemos una taza de café—le dijo Pablo a Macoché, sacando de la guantera un termo y dos vasos plásticos.

— Eres simplemente genial— le expresó admirativamente el falso lord. — ¿Está con azúcar?

— Por supuesto, calculado a razón de dos cucharadas por taza. Tenemos para cuatro tazas en total.

— ¡Qué cálculos y planificación más precisos! ¿Estás seguro de que no tienes sangre alemana?

— Bastante seguro, pero no eres el primero que lo sospecha. Mira, una vez un historiador, cuando me proclamó candidato en una cena, hace diez años, le comunicó a la concurrencia que yo tenía ancestros alemanes. No sé de dónde lo sacó. Lo curioso es que tengo algo de sangre inglesa. Mis antepasados eran de Truro, en Cornwall, donde abandonaremos los vehículos después del rescate, en una mina abandonada. Pues antes Cornwall producía cobre, pero se agotó. En busca de ese metal llegó mi antepasado a Chile. Cerca de Truro tiene lugar, entre paréntesis, la serie "Doc Martin" que dan en el cable ¿la has visto?

— ¡Por supuesto! Martin es un doctor requetecontra pesado, pero no mala persona. Y sabe bastante de medicina, lo que es raro en un médico.

A Macoché le gustaba ejercitarse en el humor inglés.

— Bueno, cortemos la cháchara y toma la posición GPS donde estamos ahora, porque, cuando vengamos a encontrarnos con el submarino, para que nos entreguen los lanzacohetes, tenemos que llegar exactamente a este mismo punto en la van y después exactamente al mismo punto del mar en el Zodiac.

Macoché tomó las coordenadas y las dictó: 52 grados 23 minutos 58.20 segundos Norte y 1 grado 43 minutos 19.77 segundos Este. Pablo las anotó

cuidadosamente. Luego comprobó que las que había escrito en el bote estaban bastante legibles: 52 grados 24 minutos 62.73 segundos Norte y 1 grado 54 minutos 40.21 segundos Este. Entonces tomó la precaución de escribirlas todas de nuevo, en otra hoja.

Terminados sus cafés y la señalada tarea, emprendieron el regreso a Londres. Pablo iba extenuado y Macoché le confesó que él también.

¡Submarino conseguido!

Posteriormente, estando en Santiago, en febrero de 2000, Pablo recibió un correo electrónico de una procedencia que no es necesario revelar y cualquiera puede imaginar, y que decía: “Nave dejará en tres semanas astillero. Espera instrucciones”.

Pablo hizo un rápido cálculo, sacó de su bolsillo las hojas con las anotaciones de la ubicación en el mar y contestó el mail:

— Punto de encuentro para descargar bulto: 52 grados 24 minutos 62.73 segundos Norte y 1 grado 54 minutos 40.21 segundos Este. Hora: a las 2 horas de Greenwich del 2 de marzo de 2000.

— Igual punto de encuentro para embarcar pasajero, a las 17 horas de Greenwich del 7 de marzo de 2000.

Todos los datos, se suponía, eran exactos. Lo demás dependía de la capacidad chilena de hacer las cosas como es debido.

Si todo resultaba bien, se encontrarían Macoché y Pablo, en el zodiac, con el submarino, a las 2 a. m. del 2 de marzo de 2000 en la ubicación indicada. Tras un “¡Viva Chile!” de los primeros, los del submarino les entregarían un bulto con tres tubos lanzacohetes Law y seis proyectiles, que ellos cargarían en el Zodiac, y se separarían con otro “¡Viva Chile!”.

Y el 7 de marzo, a las cinco de la tarde, ahí mismo embarcarían a un pasajero.

CAPÍTULO XIV

EL DIA “D” Y LA HORA “H”

Pues el día D del rescate sería el sábado 7 de marzo de 2000 y la hora H las cuatro y cuarto de la tarde, minuto preciso en que Alberto Simón y Pablo Santander estarían con el general en su escritorio. La secretaria de este último en Santiago ya había obtenido (lo que representó un trámite bastante prolongado y difícil, tal como en su primera visita, de 1998) todas las autorizaciones para visitarlo en su casa a partir de las 16.00 del señalado día.

La hora había sido un problema adicional, porque el general quería a las cinco, para dormir siesta tranquilo. Pero a las cinco empezaba a oscurecer y Pablo consideró que era la hora límite para embarcarlo. Finalmente, el general aceptó las cuatro para el inicio de la visita. Él sabía por qué debía acortar la siesta.

Eligieron esa fecha por varias razones. La primera, que todos los sábados se reunía el “Piquete de Londres”, una cincuentena de izquierdistas con pitos y tambores, que entonaban rítmicamente insultos al general. A ese grupo se iba a incorporar de nuevo, como varias veces antes, hasta hacerse conocido del grupo, Lucho González, hijo de españoles, portando el antes descrito letrero hechizo que decía “Pinochet Asesino”.

La idea era, como ya se anticipó, que en el instante del rescate se lanzara corriendo hacia la casa, apenas estallaran las cargas de los cohetes Law, gritando: “¡Quieren rescatar al viejo conchesumadre!” o algo así.

Se pretendía en esa forma contribuir al desorden y la confusión en el frontis, mientras el general era liberado por la parte posterior.

Viaje sabatino en helicóptero

La segunda razón para elegir un sábado era que, como antes se señaló, Carlos Rufín había arrendado varias veces el mismo helicóptero, durante 1999, en día sábado, y lo había hecho para ir al cottage de Peter Scheid en Chobham, cerca de Virginia Water, y volverse después a la costa, cerca de Lowestoft, regresando finalmente al London Helicopters Centre, en Redhill, Surrey, según su plan de vuelo.

En Lowestoft había una especie de resort u hostería de descanso, Benacre, que, como más arriba se dijo, era un destino mencionado en el plan de vuelo de Carlos al despegar. Y ese establecimiento estaba a poca distancia del punto de la costa frente al cual iba a aflorar el submarino, en el día D, para recibir al general desde el helicóptero, previo haber estado éste exactamente a las 16.15 sobre Virginia Water y haberlo subido a bordo.

Carlos Rufín se hizo conocido en el London Helicopters Centre, en cuya sección de negocios aéreos había acreditado sus antecedentes como piloto y arrendado cinco veces el mismo helicóptero Robinson 44 en día sábado, haciendo exactamente el recorrido previsto para el rescate, es decir, a Chobham, pasando sobre Virginia Water, y, finalmente, a Lowestoft., antes de volver a Redhill.

La primera vez llevó a su señora y alojaron en el resort cercano a Lowestoft, antes mencionado, que tenía helipuerto, devolviendo el helicóptero al día siguiente..

El día del rescate Carlos iba a descender brevemente en Chobham para una cosa muy importante: cubrir las letras de la matrícula del helicóptero con un lienzo autoadhesivo blanco, para no ser identificado. Luego volaría a Virginia Water, para hacer su tarea de embarcar al general, y después volver inmediatamente a Lowestoft, para depositar a su pasajero en el submarino, en el punto preciso en que ésta iba a aflorar a las cinco en punto.

Pues iba a internarse cinco kilómetros en el mar y desembarcar al general, posándose de través sobre el submarino, en sentido este-oeste, con lo cual tenía el tiempo justo para recorrer los 150 kilómetros entre Virginia Water y

Lowestoft.

Sábados británicos

En fin, otra razón para elegir el sábado había sido que los viernes en la noche los británicos acostumbran beber copiosamente, en especial cerveza, de modo que al día siguiente, sábado, están menos alertas que de costumbre, con el añadido de que concentran su atención más en los eventos deportivos, que se celebran de preferencia ese día, y menos en sus obligaciones, una de las cuales era vigilar al ex Presidente chileno y otra la de monitorear los vuelos sobre su territorio.

De modo que el grupo de rescate, cuando a Pablo Santander lo recibió Straw, en febrero de 2000, ya estaba listo para la acción.

Pancho Opazo ya había terminado, por fin, con la ayuda de Macoché, Rafael Ogilvie y Marcos Fuenzalida, de acondicionar la pala retroexcavadora para que fuera un cómodo asiento para el general.

Las grandes ruedas del "Roto Chileno", cuya colocación fue lo que más trabajo les dio a Pancho y Rafael y más compras de elementos y materiales demandó hacer a Macoché con su perfecto inglés y a Rafael Ogilvie con su doble nacionalidad, le permitían al vehículo atravesar zanjas, setos y aun enrejados, sin problemas.

Habían ensayado varias veces la maniobra de derribar una puerta o su equivalente, luego la de depositar al general dentro de la pala, personificado por Alberto Simón, abrocharle el cinturón, bajar la cortinilla metálica y levantar la pala al nivel de la cabina del helicóptero; ahí subir la cortinilla, desabrocharle el cinturón y sentarlo en la aeronave.

Otra cosa que ensayaron reiteradamente durante 1999 fue llevar en el camión-grúa de (supuestamente) bomberos, al "Roto Chileno", pintado de rojo, como todo vehículo bomberil, y con vistosas luces de emergencia sobre la cabina, hasta el cottage de Peter Scheid, en Chobham.

En esos ensayos el propio Peter solía también llegar allá en su propio helicóptero.

El despegue del que iba a llevar al general el día D era considerado por todos como un momento crítico.

El Plan C

Si por cualquier motivo no podía despegar, habían acordado, como Plan C, alternativo y de emergencia, que Pancho saliera a toda velocidad con el "Roto Chileno" hacia el camión grúa, llevando al general en la pala retroexcavadora, trepara al pick-up del camión y partiera, tal como habían llegado, con toda clase de luces de emergencia, con destino a Chobham, donde el ex Presidente permanecería oculto todo el tiempo que fuera necesario, tal como en el Plan B.

Porque por tierra era imposible llegar a la cita con el submarino. Con éste nunca iban a tener comunicaciones, por precaución, así es que, si el Plan A no se podía cumplir por cualquier razón, se pasaba al Plan B y el general se ocultaba en Chobham. Y el Plan C regía si el helicóptero no podía embarcarlo por cualquier motivo

Pero ese Plan C era bastante desesperado y tenía todas las de fracasar en liberar el general, pues sería tarde o temprano descubierto que el camión grúa que había actuado en Wentworth había llegado a Chobham. Y todo ello comprometería al matrimonio del médico y su señora enfermera y a Peter Scheid.

Pero peor era no tener Plan C, y ése era el único que se le ocurría al grupo.

Por suerte el entorno del general no opuso ningún inconveniente al anuncio de la visita de Alberto y Pablo para ese día 7 de marzo, lo que interpretaron como una razón más para creer que el propio ex Presidente estaba listo para ser liberado o morir en el intento.

Pues, evidentemente, él no le había dicho nada a nadie y sabía perfectamente que, durante la segunda visita de Pablo, según éste le había anunciado en la primera, lo sacarían de ahí "a todo evento".

CAPÍTULO XV

MISIÓN ¿CUMPLIDA?

Doce días antes del día D, es decir, el lunes 23 de febrero, ya estaban todos en Londres, llegados por las variadas vías previamente planificadas y alojados en los diferentes hoteles previstos, con excepción de Pancho Opazo, Rafael Ogilvy y Marcos Fuenzalida, que se habían acomodado precariamente en la casona de Elephant & Castle.

Ese trío mecánico hizo las perforaciones en la carrocería de la van Peugeot, para admitir, en su costado izquierdo, que los tres lanzacohetes Law asomaran, apuntaran y dispararan al costado de la casa de Virginia Water, donde estaba la guardia de Scotland Yard.

Los diferentes hoteles donde estaban los demás eran todos de primera clase. Pablo estaba en el Hilton de Hyde Park, como le indicó a Straw. Era el mismo donde se había alojado en 1998, en su primera visita a Pinochet y también en varios viajes de 1999.

Repaso veraniego

El plan, a todo esto, había sido varias veces repasado y, una semana antes de partir a Londres, Pablo los había convidado a todos a su casa de Santiago, donde no había nadie, pues su familia veraneaba en un balneario.

Les dio a sus invitados un asado a la parrilla que ellos mismos prepararon, en particular Lucho González y Patricio Guedelstein, eximios cocineros.

Hubo abundante provisión de pisco sour preparado en proporción de tres raciones de pisco por una de jugo de limón y una cucharada de azúcar, todo bien batido (shaken, not stirred, al revés de la exigencia de James Bond); vinos, cerveza y whisky.

En esa oportunidad les había dado un sobre a cada uno, dentro del cual había una generosa cantidad de dólares en efectivo para financiar sus respectivos viajes a Londres por las variadas vías previstas, y su estadía en los hoteles, en los cuales todas las reservas habían sido hechas por una agencia de viajes tan pinochetista que no preguntó nada a ninguno, suponiendo que eran partidarios del general que iban a hacer clacque en su favor, como tantos y tantas en ese tiempo; e hizo todo lo que se le encargó, recibiendo el pago de cada cual.

En la casa de Pablo y antes de consumir nada, lo que generó un clima de impaciencia en el grupo, llevándolos al comedor aquél desplegó, cuidadosamente clavado con alfileres de gancho sobre un gobelino de la pared poniente ("¡la Angélica va cachar que le rompiste el gobelino, huevón!", le dijo Marcos Fuenzalida) un enorme plano descriptivo de la operación, que había hecho él mismo (y sólo él), provisto de plumones de cuatro colores y agachado sobre el suelo de su escritorio, venciendo todas las ineptitudes para el dibujo y la caligrafía que lo habían caracterizado siempre y que apenas le permitían sortear con nota mínima los exámenes escolares de Dibujo y Trabajos Manuales.

Pero el cuadro sinóptico así producido de todos los movimientos del día D era muy pedagógico. Todavía se conserva y, tal vez Pablo disponga que después de sus días sea donado a algún Museo Histórico.

Terminada la clase, les reiteró la necesidad de que cada uno estuviera en Londres para comparecer a las 21 horas del lunes 23 de ese mes en el restaurante Simpson's, del Strand, con buen apetito.

Cada cual vería cómo lo hacía. Siempre Pablo había creído en la descentralización, en la responsabilidad personal y en la libertad de iniciativas.

Tomado ese solemne compromiso en su casa esa noche de febrero de 2000, se dedicaron al asado, las ensaladas y los bebestibles, con heroica concentración y sin pensar que la gesta que se proponían acometer podía ser una locura.

Se fueron todos a medianoche y en perfecto estado de consciencia, como lo probó el hecho de que ninguno olvidó su sobre con billetes.

El cenicero del Simpson’s

De modo que el lunes 23, según lo acordado, se juntaron a comer en el Simpson’s, muy bien atendidos por simpáticos mozos españoles. Nunca más antes del rescate iban a estar juntos en público. Por precaución.

Pablo confiaba en que los mozos no lo recordaran o en que no fueran los mismos que habían atendido, siete años antes, en ese preciso y elegante sitio, a los maratonistas del Santiago Runners Club que habían ido a celebrar su participación en la maratón de Londres de 1993, en la noche del día de la prueba. Pues en esa oportunidad uno de los concurrentes logró sustraer (este es un rasgo típico de los viajeros chilenos) un enorme cenicero del Simpson’s, con ese nombre escrito en letras de variados colores, para dárselo como trofeo, en poco solemne ceremonia al regreso al hotel, a uno de ellos, que había sido el triunfador en la categoría mayores de 50 años en dicha prueba.

Durante los días siguientes al lunes 23 los “comandos” se reunieron tres veces, durante una hora en cada jornada, en la casona de Elephant & Castle, a repasar en detalle la operación y sus alternativas.

En todas las ocasiones uno diferente exponía de memoria los pormenores: Macoché, vestido de bombero, sale de la casona de Elephant & Castle a las 14.30, conduciendo el camión-grúa auxiliar y cargando al “Roto Chileno”, ambos vehículos de apariencia bomberil. En la cabina de este último va Pancho Opazo, también vestido de bombero, todavía sin las luces de señalización funcionando.

Tras ellos sale de la misma casona la van Peugeot, manejada por Javier Aguiló, junto a los artilleros, Patricio Guedelstein, Joaquín Jaramillo y Eugenio Montero.

Marcos Fuenzalida, en el automóvil arrendado en que antes ha ido a Truro, sale a continuación, para llegar antecediendo a la van al lay by de la carretera A30, justo donde hay una marca de pintura, para asegurarse de que nadie se estacione ahí antes de que llegue la Peugeot.

Pablo Santander y Alberto Simón toman el tren de las 14.57 a Virginia Water en

la Waterloo Station, para llegar a las 15.42 a destino y, a la salida de la estación, esperar el auto de Scotland Yard que los iría a buscar, tal como en 1998, cuando Pablo había ido con otro amigo, el ex ministro.

Se suponía que ambos debían llegar puntualmente a las 16.00 horas a la casa del general, que queda a unos 7 kilómetros de la estación.

Conversarían con él y a las 16.15 pasarían todos al escritorio, en el mismo minuto en que Guedelstein, Jaramillo y Montero dispararían sus obuses hacia la guardia de Scotland Yard, a raíz de lo cual Pancho Opazo, a bordo del "Roto Chileno", tras bajar del camión grúa en la esquina de Wentworth Drive y Portnall Road, ya en el interior del condominio, irrumpiría por el fairway del hoyo 17 de la cancha de golf y entraría "a rompe y rasga" por sobre los setos a la casa del general, para embestir la puerta de su escritorio con la pala retroexcavadora.

En ese mismo instante, Pablo y Alberto habrían ya movido el escritorio para dejar espacio a la caída de la puerta y, producida ésta, levantarían al general por las axilas y lo depositarían dentro del asiento, en la pala, Pablo poniéndole el cinturón de seguridad y Alberto bajando la cortinilla, instante mismo en el cual Pancho Opazo partiría marcha atrás, dando luego media vuelta y enfilando de vuelta a la cancha de golf, donde en ese mismo momento se estaría posando Carlos Rufín con el helicóptero, su matrícula invisible, junto a Rafael Ogilvie.

Pancho elevaría la pala hasta la altura de la puerta del helicóptero, introduciéndola levemente en éste, y Rafael Ogilvy subiría la cortinilla, quitaría el cinturón de seguridad al general y lo sentaría en uno de los dos asientos posteriores de la aeronave. El "Roto Chileno" se retiraría hacia el camión-grúa.

En el momento en que Rafael lo asegurara en su asiento con el cinturón abrochado, Carlos iniciaría el despegue.

A todo esto, en el frontis de la casa se habría desatado un pandemónium, pues, tras el primer cohete Law, Lucho González habría partido corriendo hacia la entrada del antejardín, gritando "¡Quieren liberar al viejo conchesumadre!".

En esos momentos Marcos Fuenzalida ya estaría en su auto en Portnall Drive esperando a Pablo y Alberto, que saldrían de la casa por la puerta principal, huyendo explicablemente despavoridos, como todo el mundo, a raíz de las explosiones, inadvertidos en medio de la confusión general.

A esas alturas la van Peugeot, conducida por Javier Aguiló y portando a los artilleros y su armamento, dejaría a dos de ellos, Patricio Guedelstein y Joaquín Jaramillo, en la estación de Virginia Water para que tomaran el primer tren a Londres. Después Javier, acompañado del tercer artillero, Eugenio Montero, para turnarse en el manejo, habría partido hacia la carretera M4, para un viaje de cinco horas hasta la mina abandonada en Truro.

Durante el viaje formarían caravana con Macoché en el camión grúa, sentado junto a Pancho Opazo, que ya se habría bajado del “Roto Chileno”, y lo habría cubierto con una lona verde bien asegurada. Y, finalmente, también Marcos Fuenzalida se integraría a la misma caravana en su auto arrendado.

Tras dejar, cinco horas después, el camión grúa, el bobcat y la van Peugeot con su contenido en el fondo del socavón de la mina de cobre abandonada, subirían al auto de Marcos Fuenzalida e irían descendiendo en diferentes lugares para emprender separadamente el regreso a Chile, en la forma que cada uno juzgara más conveniente, dado que tenían recursos de sobra para resolverlo. Nada funciona mejor que la libre decisión individual descentralizada

Ensayo general

Hicieron un ensayo general del Plan el sábado 28 de febrero de 2000.

Carlos Rufín sobrevoló en helicóptero el fairway del hoyo 17 sin aterrizar, por supuesto.

En el mismo minuto, la van Peugeot se detuvo en la ruta A 30, en el punto demarcado de un lay by, desde el cual la prensa solía intentar fotografiar a Pinochet y sus visitantes, a unos cien metros de la casa. Desde el interior de la van, Patricio Guedelstein, Joaquín Jaramillo y Eugenio Montero simularon apretar los gatillos de los lanzacohetes Law , por las tres mirillas abiertas en el furgón, y apuntando precisamente a los puntos en que había tres flores plásticas rojas muy pequeñas, correspondientes a la ubicación de las tres ventanas del ala ocupada por Scotland Yard, mientras Javier Aguiló, al volante, mantendría el motor en marcha.

A la vez, Marcos Fuenzalida, se ubicó en el mismo lay by, un poco más adelante, listo para dirigirse a virar por Portnall Drive y recoger a Pablo y Alberto, que el día del rescate saldrían corriendo al frontis, en medio del pánico general, para dirigirse a la calle inmediata, que era la mencionada.

Lucho González, el día del ensayo general, estaba también puntualmente agitando su letrero de "Pinochet Asesino", junto a la cincuentena de izquierdistas que ya lo conocían de semanas anteriores. Estos, como de costumbre, tocaban pitos y tambores, gritando consignas contra el general, como lo hacían cada sábado, turnándose en forma muy disciplinada y bien pagada.

Y Pancho Opazo ya iba a bordo del "Roto Chileno" con ruedas grandes, sobre el camión-grúa, que manejaba Macoché, y que, el día del ensayo, se detuvo justo al frente de la entrada al fairway del hoyo 17, pero sin entrar a éste. No llamaron la atención de nadie. Eran sólo "bomberos".

Por ahí, una semana más tarde, Pancho bajaría del pick-up del camión grúa en el bobcat, para atravesar los setos que separaban la cancha de golf de la casa del general y llegar hasta la puerta del escritorio de éste, la cual iba a derribar con un

seco golpe de su pala retroexcavadora, mientras Alberto Simón y Pablo Santander, tras haber corrido el escritorio, levantarían en vilo al ilustre prisionero político y lo sentarían en el sillón acolchado dentro de la pala del “Roto Chileno”, abrochándole el cinturón de seguridad y bajando la cortinilla metálica.

Todo lo que era susceptible de realizarse en el ensayo resultó perfecto, y Pablo, que ese día iba en el helicóptero con Carlos Rufín, Alberto Simón y Rafael Ogilvie, se admiró de lo bien organizado del grupo.

Cada uno cumplió exactamente con estar donde debía y en el momento preciso.

Era el principio que el almirante Nelson había aplicado en la batalla de Trafalgar: “que cada hombre cumpla bien la misión que le ha sido asignada”. Ése es el secreto del éxito en cualquier tarea colectiva.

No parecían chilenos: puntuales, cumplidores y rigurosos hasta el último detalle. Pablo se sintió orgulloso de la raza, cosa que no le había sucedido nunca por hechos del presente, que él recordara. Pues los hechos del pasado eran otra cosa.

Antes del ensayo general habían acordado que, cuando el helicóptero diera media vuelta, de regreso, los tres vehículos se marcharían y el único que permanecería un rato más sería Lucho González con su letrero, en medio de los manifestantes, para no despertar sospechas, y se las arreglaría para hacer lo mismo que ellos a fin de retornar a Londres.

Sonoros ¡Viva Chile!

Pablo y Macoché repitieron su viaje de diciembre a Lowestoft el lunes 2 de marzo. Hacía menos frío que en diciembre. De nuevo llevaban el zodiac y su motor Tohatsu. Pero ahora iba en serio. Colocaron la van exactamente en la posición 52 grados 23 minutos 58,20 segundos Norte y 1 grado 4 minutos 19,77 segundos Este.

A la 1.30 de la madrugada ya tenían el bote inflado a la orilla del mar y lo estaban empujando al agua, con el motor instalado. Llevaban lámparas sobre la frente, sostenidas por una banda elástica alrededor de la cabeza. Los iluminaban los focos de la van, tal como en el ensayo de diciembre. Y llevaban puestos sus chalecos salvavidas.

El Tohatsu partió de inmediato y se internaron hasta el punto 52 grados 24 minutos 62,73 segundos Norte y 1 grado54 minutos 40,21 segundos Este. Llegaron ahí con diez minutos de anticipación, pero se alejaron unos cien metros del punto de cita, para que el submarino aflorara sin afectarlos, a la hora señalada: las dos. Estaban impacientes y nerviosos. Pero había luna y veían bien todo el entorno.

A las dos en punto se oyó un rumor sordo y las aguas se agitaron, generando olas más grandes que las normales. El zodiac se meció con cierta violencia. Macoché aceleró el motor y se acercó al punto exacto, señalado por el GPS.

El submarino emergió lentamente y quedó flotando, con la torreta viéndose muy alta. Se acercaron a ella muy despacio, iluminándola con una potente linterna, hasta quedar junto al submarino, cuyo casco Pablo tocaba con las manos. Aparecieron dos figuras sobre la superficie del casco.

Estaba de pie frente a ellos, pero más arriba. Y añadió:

— El bulto está flotando a popa.

Entonces, acelerando el Tohatsu, se dirigieron a popa.

Allí flotaba el bulto. Decidieron remolcarlo. Era pesado, se veía, pero flotaba. Tenía un cabo suelto y lo ataron con una cuerda que llevaban en el bote.

Pablo fue dándole soga hasta que el bulto quedó unos metros detrás, la cuerda tirante. No fuera cosa que la soga se enredara con la hélice del motor. Volvió a gritar:

Esta vez dos voces le contestaron al unísono desde el submarino:

Entonces Macoché se sintió menoscabado y, además, poco patriota, así es que gritó por su cuenta:

Pero ya no le contestó nadie. El zodiac se había alejado unos cien metros. Se oyó el rumor de los motores del submarino y éste desapareció, supusieron, porque ya no lo veían en absoluto.

Llegaron de vuelta a la orilla a salvo. Con esfuerzo sacaron el bulto del agua. Debe haber pesado más de cien kilos. Tal vez doscientos. Lo arrastraron trabajosamente hasta la van y lo subieron apenas a su parte posterior.

Después fueron en busca del zodiac y del motor. Al final, repitieron la escena de diciembre, extenuados, pero esta vez se tomaron tres cafés, y no hablaron nada. Cosa rara, siendo Macoché uno de ellos. Antes de partir de vuelta, primero a la casona de Elephant & Castle y después a sus respectivos hoteles de cinco estrellas, Pablo le dijo, sintiéndolo sinceramente:

Macoché tampoco dijo nada.

Pero ya todo estaba listo.

Un balde de agua fría

Pablo sentía que el trabajo había sido bien hecho. Era una de las pocas veces en su vida en que realmente se había comprometido a fondo en algo importante, sin reservas; y en que había aportado todo lo necesario para que fuera exitoso.

Pero ese mismo lunes 2, horas después, llegó el balde de agua fría: Jack Straw anunció que se liberaba a Pinochet por razones de salud.

Quedaron anonadados. Pero, claro, era un éxito: se había conseguido lo que habían ido a obtener.

Pablo supuso, por otra parte, que podía atribuirse el éxito, a lo menos parcialmente, a su infatigable empeño por conseguir una entrevista con Straw y advertirle que algo muy grave podía suceder si no liberaba al general.

No había creído que lo fuera hacer y por eso se había comprometido a full en el otro plan, el homérico, el que iba a figurar en los anales de las hazañas históricas. Pero ahora todo eso se había ido al diablo.

Logró citar a los expedicionarios al comedor del Hilton de Hyde Park a almorzar, el mismo lunes. Ya no había necesidad de disimular y estar separados en público.

Semblanteándolos, se dijo que las noticias las habían tomado bien. Todos se veían contentos o, al menos, resignados. Hasta aliviados.

Pues el objetivo final oficial, rescatar a Pinochet, se había logrado. Ahora, las “agendas particulares”, en particular la de Pablo, con su muerte heroica, su estatua, la posteridad y todo eso, podían considerarse algo defraudadas.

Pero cuando todos hubieron llegado al Hilton decidieron, en una de esas efervescencias que suelen brotar en los grupos, marcharse al Simpson’s.

Lo hicieron en cuatro taxis, aunque habrían cabido en tres. Supusieron que “los guatones de la plata” comprenderían.

Y una vez más acreditaron ante la faz de la Tierra que los seres humanos son dispendiosos cuando administran dineros ajenos.

Pablo, sin embargo, que también era aportante, comprendía, y estaba seguro de que otro tanto pensaría Sebastián Barra, pues con toda certeza llegaría a sus oídos el despilfarro. El grupo nunca perdonaba la ocasión de sacarle partido a cualquier desliz de sus miembros. .

El mozo español de la noche previa los recibió con amabilidad y los felicitó por la liberación del general. ¿Cómo adivinó que eran partidarios de éste? Supusieron, entonces, que era "de los nuestros", es decir, anticomunista. Siempre los de esa condición se huelen a la distancia, así como también los huelen a "ellos".

A esa hora el ex Presidente ya estaba en vuelo de regreso a la Patria malagradecida, donde lo esperaban centenares de querellas espurias, promovidas por el enemigo jurado de la democracia y las libertades restablecidas por Pinochet en Chile: el comunismo internacional.

Pablo pensó, durante la propia cena en el Simpson's, que debería escribirse otro libro en defensa del prócer y, efectivamente, meses después alguien lo publicó.

Libro que, todavía después, el historiador Gonzalo Vial, no precisamente, a esas alturas, un defensor del gobierno del general, calificó en su biografía del general como "un lúcido y provocador análisis jurídico de las irregularidades legales y procesales… en el juicio Pinochet".[7]

Nadie recogió el guante ni refutó ese libro. Pues no era el derecho el tema fundamental que se disputaba.

El abogado e intelectual Arturo Fontaine Aldunate, ex director de "El Mercurio", también dedicó un elogio al mismo libro, en un bien redactado artículo —como todos los de Fontaine— en el diario "La Segunda"[8], que tampoco nadie refutó.

Ninguno de los participantes en la tentativa de rescate pasó ni pasará a la posteridad por la iniciativa de intentarlo.

Ya ninguno, con toda probabilidad, sería héroe durante esta existencia. No les levantarían una estatua en ninguna parte. Pero los once trotadores y el piloto sedentario, casi todos sesentones, hicieron lo posible. Aportaron su grano de

arena. Y el general Pinochet fue liberado.

Por eso pudieron decir, esa noche en el Simpson’s, tal como él lo hizo un 10 de marzo de 1990, en la víspera de devolver a una civilidad malagradecida otro Chile, democrático, pacificado y próspero, muy distinto del que recibió, “Misión Cumplida”.

EPÍLOGO

Casi todos regresaron a Chile sin inconvenientes, incluidos el piloto y el matrimonio de médicos que habían estado en Chobham dispuestos a participar en el Plan B. Peter Scheid se comportó muy amablemente con ambos cónyuges y éstos quedaron muy amigos de él.

Pero Santander, junto a Macoché y Ragael Ogilvie, habían permanecido en Londres liquidando todo: devolución de la casa de Elephant & Castle anticipadamente, sin pedir resarcimiento a la dueña; venta del camión-grúa, del "Roto Chileno" (¡éste se pudo vender más caro de lo que costó, gracias a sus originales "arreglos"!), del furgón Peugeot y del Zodiac y su motor; y devolución del Land Rover arrendado.

Para liquidar la situación en Inglaterra tuvieron que correr algunos riesgos, pues fue preciso llevar en el furgón Peugeot los lanzacohetes y proyectiles a los socavones cerca de Truro, para allí abandonarlos. Lo hizo Pablo personalmente y solo, debido a que en caso de ser sorprendido trasladando armamento ilegal, más valía que hubiera nada más que un responsable. Estuvo todo el tiempo del viaje comunicado con los otros dos, para el caso de necesitar auxilio. No sufrió inconvenientes, pero la jornada de más de diez horas de viaje, ida y vuelta, le resultó fatigosa.

Al final sobró la mitad del dinero aportado para el rescate y cada donante recibió de vuelta alrededor de doscientos cincuenta mil dólares. Pablo fue a ver y a agradecerles a "los guatones de la plata", llevando un cheque para cada uno. Les entregó una cuenta de lo gastado y les hizo un relato completo de lo obrado. Tuvo la impresión de que se lo creyeron. En particular, les subrayó la importancia de la gestión de Straw. El abogado que la llevó a cabo, por otra parte, se negó a cobrar un centavo de sus gastos de viaje y llamados. Todo un patriota, también.

Como la operación había sido, formalmente, tan "ilegal" y comprometía a las fuerzas armadas, se les ídió a todos los participantes en ella que la dieran por olvidada. Fue durante un almuerzo de los once trotadores en el "Eladio" de

Bellavista. A Carlos Rufín la petición se la había hecho Pablo por teléfono.

Entonces Marcos Fuenzalida profetizó:

-Pero yo sé que va a haber un huevón que va a escribir una novela con el rescate. Y yo sé cuál va a ser ese huevón.

Entonces hubo uno al cual todos los demás miraron en ese momento y que se puso colorado.

FIN

Notas

[←1]

Levantamiento de una unidad militar en 1969, bajo el gobierno de Eduardo Frei Montalva, en demanda de mejores condiciones para los militares, que fue sofocada tras acceder el Gobierno a ciertas mejoras, y que terminó con el jefe de la sublevación, el coronel Roberto Viaux, condenado.

[←2]

“Una vez conocí un gaucho llamado Bruno/ Que solía decir:/ La mujer está bien/ La cabra es divina/ Pero la llama es la número uno”

[←3]

“Altamirano” por Patricia Politzer, Ediciones Melquiades, Santiago, 1989, p. 33.

[←4]

"La Segunda", Santiago, 19 de julio de 1990, p. 16.

[←5]

Revista “Portada”, N° 19, noviembre de 1970, suplemento “El Mes”, p. 99.

[←6]

Londinense vvulgar.

[←7]

Gonzalo Vial: “Pinochet: La Biografía”, “El Mercurio-Aguilar”, Santiago, 2002, tomo II, p. 293.

[←8]

Fontaine Aldunate, Arturo: “¿Ha Leído Ud. a Hermógenes?”, “La Segunda”, 06.06.01, p. 9.